

LOU CARRIGAN

TEMPESTAD EN UN VASO DE AGUA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

TEMPESTAD EN UN VASO DE AGUA

Colección LA HUELLA n.° 140
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: 84-02-03656-2
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: julio, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Nathaniel Cravens se sirvió un coñac, le echó un chorrito de sifón, y se volvió alzando el vaso para mirarlo como si fuese su peor enemigo.

—Desde luego —mascculló—, no sé adonde vamos a ir a parar… Para mí, esto es casi una inmoralidad.

Jefferson Maxwell, su compañero y gran amigo, lo miró sobresaltado, también con un vaso en la mano; se irguió en el comodísimo sillón y exclamó:

—¿Qué es casi una inmoralidad? ¿Beber coñac?

—Al demonio… ¡Sabes muy bien a qué me refiero! Quizá he exagerado un poco en eso de la inmoralidad, pero no irás a negarme que la cosa hace pensar que el FBI está en decadencia. ¡Vamos, hombre…! ¡Hasta ahí podríamos llegar!

—A mí me parece que estás exagerando, Nat.

Cravens fue a sentarse en otro sillón, y miró hacía el exterior, hacia el día gris de aquella mañana vienesa. Un día gris del mes de agosto. Lamentable. De un momento a otro comenzaría a caer aquella fría llovizna, así que ambos habían preferido quedarse en el apartamento que compartían en un viejo pero bello edificio de la Krugerstrasse.

—¿Exagerado? —volvió a mascullar Nat—. De verdad te lo digo: esto es una catástrofe. Y para serte sincero, casi me dan ganas de pedir la baja.

Maxwell sonrió anchamente ahora. El chiste era bueno, muy bueno, buenísimo. Desde hacía más de tres años, los dos trabajaban en la *post*-liaison del FBI en Viena, así que se conocían muy bien. Tan bien, que para Maxwell, el hecho de que Cravens dijera que pensaba darse de baja en el FBI sólo podía producirle hilaridad.

—Bueno, pídela —dijo apaciblemente.
—¿Te crees que no sería capaz de hacerlo?
—Eso es exactamente lo que creo. Además, no veo por qué te has de tomar las cosas de ese modo. A mi entender, lo que han hecho en Washington ha sido, simplemente, ponerse al día. Y sabes muy bien que esto se venía tramando hace tiempo. Tarde o temprano, tenía que suceder. Por otro lado, demonios, me pregunto por qué les has de tener tanta manía a las mujeres.
—¿Manía? —explotó Cravens—. ¿Crees que es manía, que soy un chiflado?
—Hombre, Nat, yo no he dicho eso. Lo que… —¡Al demonio con ellas! La mayoría para correr, lo único que hacen es agitar las posaderas de un modo altamente ridículo. Si se trata de nadar, parece que le estén dando cachetitos al agua. Si hay que conducir un coche, ponen cara de velocidad, aferradas al volante con manos crispadas, mirando a todos lados con los ojos fuera de las órbitas… Bueno, y no te digo nada si les pones una pistola en la mano: son capaces de apretar el gatillo cuando el cañón esté metido en uno de los orificios de su nariz… ¿O no?
—Algunas habrá que sí, hombre —rió Maxwell—. Pero no todas. Yo he conocido chicas muy habilidosas.
—Ah, en esa materia yo también.
—Habilidosas en trabajos serios, quería decir.
—¡Ésta es buena! ¿Acaso hay trabajo más serio para una mujer que ser una mujer?
—Caramba, Nat, yo creo que no eres justo con ellas. Al fin y al cabo, a ti se te dan muy bien. Lo que te pasa es que tienes un empacho de señora. En cambio, yo… Vaya, ¿para qué contarte? No soy precisamente un Supermán. La mayoría ni siquiera me ven cuando me miran. En cambio, cuando te miran a ti, se les salen los ojos de sus órbitas. ¿Y por qué, me pregunto? ¡Porque mira que eres feo, condenado! Pero no sé qué tienes que las vuelves locas… Así qué no me parece muy justo por tu parte que hables así de ellas. He dicho.
Y dicho esto, Jeff Maxwell, agente especial del FBI con destino en el exterior, bebió un sorbo de coñac con sifón, esperando la reacción de su amigo, colega y compañero, mirándolo con los ojos entornados… ¿Feo? Bueno, esto no era muy exacto con respecto a

Nat Cravens. Era alto, musculoso, fuerte como una catedral, tenía una cicatriz en un lado de la barbilla, una pequeña verruga sobre la ceja derecha, y un rostro qué parecía hecho a manotazos en una piedra. Eso sí. Pero… ¿feo? Quizá torvo, hosco, malgeniado e impresionante en general, pero feo, decididamente no.

A su lado, Maxwell resultaba un ejemplar de lo más formidable: esbelto, menudo, con grandes ojos azules y un poco calvo…, pero siempre con una amable sonrisa en los labios. Parecía un bonachón oficinista, indefenso e inofensivo. Sólo que, a la hora de la verdad, el correcto y tímido Jefferson Maxwell, casi siete pulgadas más bajo y con cincuenta libras menos de peso que Cravens, se convertía en un vendaval. Pero, claro, esto no lo sabían las mujeres, ni sabían que bajo aquella incipiente calvicie había un cerebro de primera categoría, ni sabían que aquel hombrecillo de tímidos, ojos azules era cultísimo, simpático, bondadoso… Así que se volvían para mirar a Nat Cravens, un auténtico ejemplar de hombre poderoso, aunque parecía menos listo y amable. Menos amable lo era. Pero en lo de inteligencia, la de Nathaniel Cravens no tenía nada que envidiar a la de su compañero.

—Pues si has dicho, no hay más que hablar. Pero que conste: a mí, eso de las, mujeres me ha sentado francamente mal. Prefiero a los hombres.

—Hombre, Nat… ¡A ver si vas a obligarme a cambiarme de apartamento!

Cravens rió, se puso en pie, se acercó a Maxwell y dijo:

—Tú eres un buen chico, Jeff, pero no me gustas.

—Pero soy tu amigó, ¿verdad?

—Eres mi compañero: los dos trabajarnos en el FBI.

—Pero soy tu mejor amigo, ¿verdad, Nat?

—Eres mi mejor amigo —asintió Cravens—, así que…

Se inclinó y le dio un beso sonorísimo en la calva frente, riendo. Y en aquel mismo instante, sonó el timbre de la puerta del apartamento.

—Seguro que es una mujer que viene a pedirte algo —pronosticó Jeff Maxwell.

—Pues está lista.

Se fue a abrir. Y regresó al saloncito segundos después, acompañado de un hombre alto, ancho de hombros, de unos

cuarenta y cinco años, elegante y sobrio, de mirada penetrante. Jeff Maxwell se puso en pie instintivamente al verlo.

—Ah señor, usted por aquí…

—Siéntese, Jeff —dijo el recién llegado—. ¿Estáis bebiendo coñac?

—Pues… sí. Sí, señor.

Arthur Keller, norteamericano de origen alemán, jefe de la *post*-liaison del FBI en Viena, frunció el ceño y dijo:

—Otro para mí.

—Marchando un coñac —exclamó Maxwell, abalanzándose hacia el mueble-bar.

Arthur Keller se dejó caer en el centro del sofá, estiró las piernas y suspiró. Cuando, Maxwell le entregó el vaso, bebió un sorbito, volvió a suspirar, y miró de uno a otro de sus agentes. Y tuvo que sonreír. Eran la noche y el día. El uno, pequeño y rubiales, de ojos azules. El otro, grande y fuerte, de cabellos y ojos oscuros y cara de pocos amigos…

—¿De qué estabais hablando? —preguntó.

—De mujeres —sonrió Maxwell.

—¿De mujeres? Caracoles… Pero ¿no es cierto que Nat las odia?

—Eso dice él. Y ahora está que echa chispas porque nos han colocado a unas cuantas chicas en la plantilla… Quiero decir, en el FBI, señor.

—Siempre ha habido chicas trabajando en el FBI.

—Pero no como agentes especiales —puntualizó Cravens—. ¿En qué estamos pensando, señor? Muy bien que usemos a esas tontas de cabello largo en las oficinas, laboratorios y cosas así. Pero ¡santo cielo!, ¿cómo es posible que pensemos que puedan dar resultado como agentes especiales? Ahí es nada: se les enseñan algunas cosas en una academia donde la habrán tratado con guante blanco, se les da una pistola, y se les dice que ya pueden salir por esos mundos a hacer lo mismo que los hombres… ¡Vamos, vamos, un poco de formalidad!

—Quizá tengas razón —reflexionó Keller—. Pero, en fin, si en la Central lo han hecho, ellos sabrán.

—Nat dice que eso es casi una inmoralidad, señor.

Arthur Keller respingó.

—¿Una inmoralidad en el FBI? ¡Ten cuidado con lo que dices,

Nat!

—Al demonio…, con todos los respetos, señor. A mí, las mujeres… A propósito, señor: ¿qué le trae por aquí?

—Tengo un trabajo para uno de vosotros dos —vaciló un instante, y señaló a Cravens—. Creo que tú serás el hombre adecuado, Nat.

—¿No puedo ir con él? —inquirió Maxwell, en tono suplicante.

—Sí —dijo Nat—, déjelo venir conmigo, señor, es mi amigo.

Y le dio un beso en la frente, desde su impresionante altura. Maxwell se limitó a sonreír, feliz como un niño premiado, y Keller frunció el ceño.

—El asunto es serio… Pero es una tontería recordaros eso. Bien: he tenido un largo mensaje directamente desde Washington y nuestra emisora-receptora. Clave Europa, por supuesto.

—¿Y de qué trata ese asunto serio?

—De espionaje.

Los dos agentes del FBI cambiaron una mirada divertida.

—Oh… Un asunto de espionaje en Viena… ¡Qué raro!

—Sé muy bien que Viena es el ombligo del espionaje europeo, y que pasan cosas grandes y pequeñas. Casi siempre, pequeñas. Pero esta vez, el asunto es serio de verdad: un tipo llamado Karl Riesler ha robado ciertos proyectos sobre nuevos satélites-espías de Estados Unidos.

Maxwell emitió un silbido, y Cravens se quedó mirando atentamente a su jefe.

—¿De esa envergadura, señor? —susurró.

—De esa envergadura —asintió sombríamente Keller—. Por fortuna, nuestros compañeros de allá se han dado cuenta, y están poniendo remedio al caso. Nosotros tendremos que hacer el resto…, es decir, la parte importante: recuperar un microfilme que contiene los planos de esos satélites.

—Supongo que al menos sabemos, dónde está el microfilme…

—Ésa es la dificultad. Vamos a ver… Ese tal Karl Riesler es un espía, evidentemente, pero no sabemos para quién trabaja. Posiblemente, para las rusos, pero, evidentemente, no es ruso, de modo que no se fiará mucho de los bolcheviques. Antes de entregar el microfilme, querrá cobrar su buena cantidad de rublos… —Yo creo que pedirá dólares— apuntó Maxwell.

—¿Qué más da? El hecho cierto es que nuestros compañeros del FBI han descubierto a un cochino traidor que trabaja en los proyectos de esos satélites especiales… ¿Sabéis algo de esto?

—Vagamente.

—Bueno, la cosa está así: desde hace algún tiempo, los rusos nos están dando sopas con honda en eso del espionaje por satélite. Por ejemplo, cuando la guerra indopaquistaní, sabemos que lanzaron, como si fuesen simples balas, un montón de satélites-espías, para observar los campos de batalla cómodamente sentados en el Kremlin. Eso fue como un puñetazo en la boca del estómago para nosotros, y, evidentemente tenemos que comprender que si son capaces de hacer eso, es porque han alcanzado una perfección yo diría que refinada en el campo del espionaje espacial. Por lo tanto, nosotros tenemos que ponernos rápidamente a su altura. Nuestro Departamento de Defensa, con tal fin, ha puesto en marcha, la fabricación de nuevos satélites-espías, que rebasarán en mucho la perfección y eficacia de los actuales. Desde hace algunos meses se está trabajando en ese proyecto… Y de pronto, nuestros compañeros de Washington descubren que uno de los técnicos que intervienen en ese trabajo, se ha dedicado a vender información a cierto espía desconocido…

—¿Desconocido? Pero ¿no sabemos que se llama Riesler?

—Eso es todo lo que sabemos de él. Por supuesto, una vez en manos de nuestros compañeros, que vigilaban rutinariamente todos esos proyectos y a los que intervienen en ellos…

—Seguridad nacional —intercaló velozmente Maxwell.

—… Ese sujeto ha confesado todo. Y todo lo que ha podido confesar es que él solamente, tenía tratos con ese Karl Riesler, del cual ha cobrado la suma de cien mil dólares por las microfotos de los proyectos de los nuevos satélites-espías. El traidor, está encarcelado, naturalmente, pero en Washington pensaron que podía ser contraproducente detener a Karl Riesler…

—¿Por qué? —preguntó Maxwell.

—Tiene que ser un tío listo —murmuró Cravens—. Un tipo capaz de trabajar en solitario en una cosa así, tiene que ser listo y con agallas. Pero sobre todo, listo, Jeff. De tal modo que su detención quizá no significase nada, si tenemos en cuenta que el microfilme con toda seguridad, no lo lleva encima.

—Exacto —aprobó Keller—. Ése es el temor por parte de Washington. La teoría es que Karl Riesler ha enviado el microfilme a Europa…

—¿Por qué a Europa?

—Porque en estos momentos, Karl Riesler está a punto de aterrizar en Viena. Nuestros compañeros se dedicaron a vigilarlo, pero no tuvo ninguna clase de contacto con nadie. Durante varios días, no ha sido posible determinar nada al respecto. De pronto, Riesler toma billete para Viena… Fijaros bien: para Viena. Entonces, los de la Central llegan a la conclusión de que Riesler viene aquí a revender ese microfilme, naturalmente con una ganancia que suponemos fabulosa. Como es demasiado listo, no va a llevar el microfilme encima, así que, lo más razonable es suponer que se lo ha enviado a sí mismo a Viena. A sí mismo, p a un amigo, pero, sea como fuere, él tendrá que recoger ese microfilme aquí, en Viena…

—Por lo tanto —terminó Cravens—, yo tengo que ir a esperarlo al aeropuerto, y seguirlo, vigilarlo hasta que consideremos que es el momento oportuno de ponerle la mano en el hombro.

—Exactamente, Nat.

—Quizá estamos perdiendo el tiempo —dijo Jeff—. ¿Y si el contacto de ese Karl Riesler está viajando con él en ese mismo avión? Han podido cambiar de mano el microfilme, ¿no?

—Se pensó en esa posibilidad —asintió Keller—, así que el FBI sacó pasaje para un compañero nuestro, que está viajando con Riesler, sin perderle de vista. Se supone que ese agente lo está haciendo lo bastante bien para que Riesler no entre en sospechas, pero, claro, las sospechas serían inevitables si ese agente, una vez en Viena, seguía los pasos de Riesler. Por lo tanto, las disposiciones de la Central son las siguientes: uno de nosotros acudirá al aeropuerto a esperar el avión; se colocará en el bar, bien visible, con un paraguas plegable debajo del brazo izquierdo, y pedirá café, sentado a una de las mesas. Nuestro compañero N.
H. Flowers,
que viaja en ese avión, lo buscará, se le acercará y le dirá: «Hola, muchacho… ¿Me das fuego?».

—Qué tontería —masculló Cravens.

Keller encogió los hombros.

—Y tú le contestarás: «Lo siento: no tengo petróleo…». Entonces, N.
H. Flowers
te entregará un sobre con fotografías de Karl Riesler, y tú irás a la salida de vuelos internacionales a esperar a que Riesler salga.

—¿Y si ha salido antes que nuestro compañero? —preguntó vivamente Maxwell.

—Esperemos que Flowers sea lo bastante avispado para impedir eso. Es demasiado sencillo, así que no fallará: saldrá de la Aduana antes que Riesler.

—De acuerdo. Pero aquí hay un grandísimo inconveniente, señor —dijo Maxwell.

—¿Cuál? —se alarmó Keller.

—Que ni Nat ni yo tenemos paraguas plegable.

Arthur Keller se quedó estupefacto mirando a su agente. De pronto, soltó un resoplido, se acabó el coñac, se puso en: pie, y se dirigió a la salida, refunfuñando, marchándose sin más.

—Pero ¿qué he dicho yo? —se consternó Maxwell.

—No té preocupes. —Nat le dio otro beso en la frente—. Aunque él no te quiera, yo te adoro.

—¿De verdad, Nat?

—De verdad. Te adoro tanto que…

La cabeza de Arthur Keller apareció de pronto por un lado de la puerta.

—Cuando terminéis de deciros ternezas, id al aeropuerto… El avión llegará dentro de una hora. Es el vuelo 217.

Capítulo II

—¿Te molesta el paraguas, Nat? ¿Quieres que lo tenga yo debajo del brazo?

—No, gracias, Jeff: es una molestia soportable.

—No quisiera que estuvieses incómodo… ¡Y con lo caro que ha salido ese paraguas! Ya te dije que en los aeropuertos abusan de los precios.

—Haremos que el FBI les pase una reclamación oficial.

—Buena idea. ¿Quieres más café? ¿Te pido más café, Nat?

—No, gracias, cariño. Ya ha llegado ese avión, y debemos estar atentos a la aparición de N.
H. Flowers.

—Tengo entendido que en Washington hace buen tiempo… Nuestro compañero debe estar deprimido por el de Viena. Donde lo pasamos bien el mes pasado fue en Lido di Ostia, ¿verdad?

—Bah.

—¿Cómo, «bah»? —protestó Maxwell—. ¡Parecías un sultán que fuese dueño de toda Lido di Ostia y aún no estás contento! Me acuerdo especialmente de aquella morena que… ¡Mi madre!

—¿Está aquí tu madre? —Miró Cravens a todos lados.

Y mirando a todos lados, la vio. Vio a la mujer que acababa de entrar en el bar, y a la cual, desde luego, estaba contemplando Maxwell con expresión incrédula, estupefacta. Era más bien alta, de cuerpo sensacional, de unos veintitrés años como máximo, tenía los ojos de color dorado, como sus cabellos, largos y lacios… El conjunto era desconcertante y admirable.

—Mi madre —insistió Maxwell—. ¿Tú has visto alguna vez una belleza semejante, Nat?

—Bah.

Jeff no pudo evitar rebelarse esta vez:

—¡Nada de «bah»! Es el bombonazo más hermoso que he visto en toda mi triste vida de muchacho feo… ¡Por todos los demonios, Nat, no me digas que no te gusta ese monumento!

—Psé.

—¿Cómo que «psé»? —estalló con ira total su compañero—. Escucha, puede que yo no sea tan listo como tú, ni tenga tu vista de águila, pero cuando veo a una mujer absolutamente excepcional, sé muy bien lo que…

—Hola, muchacho… ¿Me das fuego?

Maxwell, que se había encarado con Cravens para mejor patentizar su ira, alzó y volvió un poco la cabeza, y su boca quedó abierta como si jamás pudiese volver a cerrarla. Sí, señor: quien había pedido fuego a Nat, era la chica bombón, la rubia de los ojos dorados, la sensacional criatura objeto de la discusión. Ella ni siquiera miraba a Maxwell. 6u mirada estaba fija en Nat Cravens, que la contemplaba con el gesto sombrío, mohíno, inmóvil.

—Pe… pero… pero, hombre, Nat… ¡que te están pidiendo fuego! —exclamó Maxwell—. Yo… ¡Yo le doy fuego, señorita, yo!

Se puso en pie, y sacando el encendedor, ofreció la llamita a la muchacha, justo cuando Nat, por fin, refunfuñaba:

—Lo siento: no tengo petróleo.

La bellísima joven asintió con la cabeza, abrió su bolsito, y sacó un sobre, que dejó sobre la mesa, delante de Nat.

—Tardará todavía un par de minutos —murmuró—, pero será mejor que no os entretengáis. Ya nos veremos: ahora tengo mucha prisa.

Dio media vuelta, y se alejó rápidamente de la mesa.

Nat permaneció inmóvil, mirándola. Maxwell, todavía con el encendedor en la mano, la contempló marcharse, incapaz de pensar, de reaccionar. Por fin, después de quemarse, apagó el encendedor, y tartamudeó:

—Ella… Yo… Tú…

—Cállate. Toma el sobre y ve a esperar a Karl Riesler. Quedas encargado de él. Y mucho cuidado.

—Pe… pero… ¿adonde vas tú?

—A comprar tabaco —dijo Nat, recogiendo de sobre la mesa el paquete estrenado sólo dos cigarrillos antes.

—¿A comprar ta…? Pero si al llegar compraste en la máquina que…

Nat Cravens se alejaba ya, sin escucharle, en pos de la bellísima muchacha que había pedido fuego, la cual, ciertamente, parecía tener mucha prisa en marcharse de allí. Maxwell miró a la muchacha, miró a Nat…, y, por fin, tuvo que ver a los dos sujetos que caminaban entre ambos, a poca distancia de la rubia de ojos dorados, la cual salió del edificio con paso decidido, y se dirigió hacia el estacionamiento de coches. Detrás de ella, los dos sujetos. Detrás de los dos sujetos, Nat Cravens… Afuera había una neblina acongojante, que convertía aquella hora del mediodía poco menos que en noche. En alguna parte, se oían los poderosos motores de un avión despegando, y al poco unas luces brillaron amortiguadas, mortecinas, en lo alto, a través de la neblina.

Nat miraba tan fijamente a los dos hombres que descuidó a la muchacha. Cuando volvió a mirar hacia donde debía estar, ya no la vio… Vivamente, volvió a mirar hacia los dos sujetos, que se habían detenido entre dos hileras de coches… Los vio meter la mano derecha bajo el sobaco izquierdo, y un instante después captaba el tono brillante de las pistolas. Los dos hombres miraban hacia todos lados, también desconcertados, y Cravens reaccionó rápidamente, agachándose tras uno de los coches. Unas palabras en alemán llegaron hasta él, pero no pudo oírlas bien; era como si la niebla las hubiese absorbido en el acto.

El agente del FBI sacó su pistola, y comenzó a deslizarse hacia los dos hombres, siempre agachado, hasta llegar justo, detrás del coche junto al cual estaban ellos, pistola en mano. De la muchacha, ni rastro.

Alzándose un poco, Cravens miró a través de los cristales de las portezuelas de atrás. Los dos hombres estaban ahora de espaldas a él, siempre con las pistolas listas para disparar, sin la menor duda buscando a la rubia de los ojos dorados… Tranquilamente, el «g-man» rodeó el coche por atrás, y se colocó a espaldas de los dos hombres.

—No se muevan —susurró.

Lo que hicieron fue exactamente todo lo contrario. Pareció que la voz de Cravens hacía funcionar un inesperado mecanismo en ellos: se volvieron a toda prisa, apretando las pistolas, alzándolas.

Cosa que Nat Cravens había tenido en cuenta entre las muchas que podían suceder, así que reaccionó de modo adecuado: adelantó un paso, y, mientras con su pistola golpeaba la mano armada del hombre de su derecha, que lanzó un aullido, subía su rodilla izquierda, de tal modo que la hundió entre las ingles del otro, arrancándole un aullido tremolante, mucho más fuerte que el de su amigote, y derribándolo hecho un ovillo, sin dejar de aullar.

El primero, aunque perdida el arma, y con la mano derecha rota, todavía intentó resolver su situación atacando, pero Nat se lo quitó de encima con un revés que lo tiró de espaldas al húmedo asfalto del estacionamiento. Sin transición, se fue tras él, lo agarró por las solapas, lo puso en pie, y lo colocó de espaldas contra un coche, rudamente.

—Muy bien, chico malo, será mejor que te estés aquí quietecito —jadeó—. Luego me dirás por qué te gustaba tanto esa rubia. ¿De acuerdo?

Todavía hubo un intento de reacción por parte del hombre, pero un derechazo en corto al estómago lo dejó encogido, como clavado por el trasero al coche… durante un par de segundos, transcurridos los cuales cayó de bruces al suelo. Nat Cravens movió la cabeza, como decepcionado, y se dispuso a encargarse del otro, que se agitaba, y, lívido el rostro, intentaba ponerse en pie.

Justo entonces aparecía la muchacha rubia, que, con toda tranquilidad, y además con infinita elegancia, lanzó su pie derecho, de modo que el empeine dio en la barbilla del sujeto, derribándolo de nuevo.

Hecho esto, pistola en mano, se encaró con Nat Cravens, fruncido el ceño.

—Y tú —dijo ásperamente—, ¿por qué no te ocupas de tus asuntos?

—¿Qué te pasa? —Gruñó Nat—. ¿Te molestan las ayuditas?

—No necesito «ayuditas» de nadie. Ve a encargarte de Karl Riesler, de acuerdo a las instrucciones que has recibido.

—Bueno, encanto, quita de enmedio. —Nat adelantó una mano para apartarla—, tengo que conversar con estos tipos que… ¡Eeeehh!

Su mano casi había tocado el pecho de la rubia cuando sucedió algo inesperado. Algo a lo cual, evidentemente, Nat Cravens no

estaba acostumbrado, ella le asió la mano con las dos suyas tras meterse velozmente la pistola en un bolsillo del abriguito, giró, tiró hacia arriba…, y en la mente del agente del FBI sonó la señal de alarma en el acto. Si no seguía aquella torsión se iba a encontrar con un brazo dislocado. Así que, aceptando el impulso, y la torsión, saltó hacia delante y arriba, describió un bonito salto mortal, y al soltarlo la muchacha, cayó de espaldas sobré el durísimo piso, dándose el más fenomenal batacazo de su vida.

Se sentó inmediatamente, con los ojos llenos de lucecitas de todos los colores, y como de muy lejos, estuvo seguro de oír dos cosas muy distintas. Una de ellas era la voz de Jeff Maxwell, llamándolo. La otra, era la voz de la muchacha, diciendo:

—No me gustan los manazas. Levántate.

Todavía con el cerebro tan lleno de brumas como el neblinoso día, Nat tendió su mano. Notó la fina y cálida mano femenina, qué tiró de él, ayudándolo, y en seguida vio aquel precioso rostro ante el suyo, chispeantes los dorados ojos.

—Vaya —dijo—. Vaya.

Giró velozmente, colocándose a espaldas de la muchacha, y tiró de la mano derecha de ella, de modo que se pasó todo el brazo por encima de su hombro derecho, al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante… La muchacha salió volando, dio la vuelta en el aire, cayó de espaldas encima de un coche, resbaló por el techo, y cayó al otro lado, desapareciendo de la vista de Nat Cravens, que se sacudió las manos y fue hacia allá, sonriendo secamente.

La encontró sentada en el suelo, como alucinada, y le tendió la mano.

—Arriba, pequeña. Esto té enseñará a no jugar con papá Nat.

Ella aceptó la mano, se puso en pie, y en el acto, Nat vio el peculiar brillo de sus ojos, así que de un tirón se soltó… Justo a tiempo, pues ella quería repetir el truco anterior, pero ésta vez al revés… El resultado final fue que se encontró de espaldas a Nat, sin haber conseguido su objetivo. El «g-man» se pegó a ella, apretándola contra el coche, inmovilizándola con su imponente mole.

—Oye, tú —farfulló—, basta de bromas. O te estás quieta, o vas a recibir…

El codo derecho de la muchacha apareció por un lado, y golpeó la barbilla de Nat, separándolo, dando traspiés hacia atrás… Ella se volvió, adelantó un paso hacia él, alzó una mano…

—¡Nat! Nat, ¿dónde estás? —Se oyó de nuevo a Jeff Maxwell.

La muchacha bajó la mano y dijo:

—Ahí está el otro tonto.

—¡Nat!

—¡Aquí, Jeff!

Maxwell apareció, pistola en mano, muy abiertos los ojos, y miró de uno a otra, todavía alarmado.

—¿Estáis bien? —exclamó—. Vi a dos tipos que venían detrás de ella, y como no sabía si…

—Tranquilo —cortó Cravens—, me he encargado debidamente de ellos, Jeff.

—Ah, bien…

—Están al otro lado de este coche. Vamos a hacernos cargo de ellos. Les haremos un montón de preguntas que…

Mientras hablaba, caminaba, hacia el otro lado del coche. Y al llegar allí, se calló de pronto, mirando a todos lados… Por último, miró a Jeff Maxwell, y, en seguida, de reojo, a la muchacha, que le contemplaba, con expresión sarcástica.

—¿Qué pasa? —preguntó Jeff.

—Pasa —dijo la rubia— que los dos tipos se han escapado gracias a la estupidez de nuestro compañero. Y la tuya no creo que sea menor que la de él: ¿te has olvidado de Karl Riesler?

Maxwell abrió la boca, y estuvo así un par de segundos. De pronto, lanzó una exclamación, y echó a correr, perdiéndose inmediatamente entre la niebla.

—Llegará a tiempo —susurró Nat—. Jeff siempre llega a tiempo. Bueno…, casi siempre. Ayúdame a buscar a los dos sujetos.

—¿Estás bromeando? —refunfuñó ella—. Por lo menos deben estar ya en París.

—Ya será menos —masculló el
«g-man».

Evidentemente, los dos sujetos no podían haber llegado a París en tan corto espacio de tiempo, pero lo cierto, lo indiscutible, era que habían sacado fuerzas de flaqueza… Las suficientes para al menos estar ya lejos del aeropuerto.

La desventura no terminó aquí: Jeff Maxwell regresó tres minutos más tarde lentamente, mohíno, los miró a los dos, y luego bajó la cabeza.

No hacía falta hablar.

CAPÍTULO III

En silencio, Arthur Keller los fue contemplando a los tres, poniendo especial fuego cuando miraba a Jeff Maxwell y Nat Cravens.

Por fin, suspiró y dijo:

—¿Y qué hago yo ahora? No puedo enviar a Washington un informe sobre este asunto diciendo que mis dos mejores hombres han fracasado de un modo estúpido.

—Pero, señor, es que… —empezó Maxwell.

—¡He dicho estúpido, y estoy dispuesto a sostenerlo…! —estalló por fin Keller, golpeando la mesa de su despacho.

—La culpa la ha tenido ella —señaló Nat.

La muchacha respingó, y se quedó mirándolo incrédulamente.

—¿Yo? —protestó—. ¡Vamos…! Lo que ocurre es que vosotros dos sois unos bobos. Yo me di cuenta perfectamente de que al llegar al aeropuerto, Riesler les hacía una seña a aquellos dos sujetos, y comprendí que le estaban esperando, que él se había dado cuenta de que yo le vigilaba, y que quería que me quitasen de en medio. Me dejó avisaros… Y conseguí hacerlo antes de que aquellos dos hombres me viesen hablando con vosotros en el bar. Luego, convencida de que os encargaríais de Riesler, salí, para permitir que me siguiesen y darles una lección… ¡y entonces apareciste tú, grande y bruto como un elefante, y lo estropeaste todo! Y para colmo, este otro bobo —señaló ahora a Maxwell—, en lugar de ocuparse por lo menos el de Riesler, sale detrás tuyo, temiendo que al nene le hagan daño…

Cravens y Maxwell abrieron la boca a la vez, pero Arthur Keller dijo:

—Amén.

Y los dos quedaron silenciosos.

—Lo que no comprendo —siguió la muchacha tras unos segundos de reflexión—, es cómo pudo Riesler avisar a esos dos hombres. Tenemos la seguridad de que no realizó el menor contacto con nadie antes de tomar el avión… Y no podía saber cuándo llegaría a Viena, ya que no siempre se consigue pasaje para la fecha o el vuelo que uno quiere…

—A lo mejor envió una paloma mensajera —sugirió Jeff.

Keller le dirigió una furibunda mirada. Luego, se encaró con la muchacha.

—A todo esto, señorita, usted no se ha identificado todavía. Suponemos, claro, que es el agente N.
H. Flowers.

—Nathalie Hortense Flowers, sí —dijo ella; abrió el bolsito, separó el forro, y extrajo su credencial, que tendió a Keller, aclarando con peculiar tono de voz muy satisfecho—: Agente especial del FBI.

Nat Cravens soltó un bufido, se puso en pie, y fue a encender un cigarrillo ante la ventana, contemplando la Linke Wienzeile, algunos pisos más abajo. Era, seguía siendo, un día tan triste como podía corresponder al fracaso del FBI en un asuntillo qué había parecido de lo más fácil…

—Está bien —oyó a Keller—. Bienvenida a Viena, señorita Flowers.

—¿Señorita Flowers? —La oyó en seguida a ella—. Creo que debería tutearme, y llamarme Nat, señor.

Cravens se volvió como si le hubiese picado un escorpión.

—¡Nada de Nat! —exclamó—. ¡Aquí sólo hay un Nat, y ese Nat soy yo!

—Nadie habla contigo, paquidermo —replicó N. H. Flowers.

—Mira —intervino amablemente Jeff Maxwell—, será mejor qué no molestes demasiado a Nat, jovencita, porque estás jugando con nitroglicerina.

—¿Ah, sí? Bueno, pues que se ande él con cuidado, porque yo soy pura trilita. ¡Y tú también, jovencito, mucho cuidado conmigo!

—Esto ya lo sabía yo —refunfuñó Cravens—. ¡Meter mujeres en el servicio activo…! Si hubiese sido un hombre, me habría agradecido la ayuda, habríamos empaquetado a los dos sujetos, y ahora tendríamos algo que hacer, algo de lo que obtener fruto…

Pero ella, no. Ah, no, no, no… ¡Nada de ayuditas! En lugar de darme las gracias, me derriba, luego me…

—Tú tampoco fuiste muy listo, ¿no crees? —cortó ella.

—Yo sólo hice un poco de judo —mascullló Cravens.

—Pues yo sólo hice un poco de aikido —dijo ella.

—Escucha, nena: cuando…

—¡Bastaaaa! —estalló Keller—. ¡Callaos los dos!

—Pero, jefe, Nat tiene razón. —Aseguró Jeff—. Si ella no…

—¡Que te calles!

—Sí, señor.

—Pero yo te agradezco tu defensa —dijo Nat, se acercó a Maxwell, que estaba sentado, y lo besó en la frente—: gracias, cariño.

—De nada, Nat. Ya sabes que por ti…

—¡Silencio! —exigió Keller.

Se quedaron todos silenciosos. Nathalie Hortense Flowers, miraba todavía atónita a los dos hombres que se daban besos en la frente. Keller encendió un cigarrillo, se lo dejó entre los labios, y apoyó los codos en la mesa.

—Muy bien —dijo al cabo de unos segundos—, no vamos a quedarnos todos aquí como pasmarotes. Habrá que hacer algo… Por el momento, tendríamos que buscar alojamiento a Nat…

—Ya tengo alojamiento —dijo Cravens.

—Yo me refería a Nat —señaló Keller a N.

H. Flowers.

—¡El único Nat…!

—Y por el momento, creo que se lo he encontrado.

Dadas las circunstancias, comprenderéis que hay que buscarle un lugar seguro: no podemos permitir que vaya por ahí sabiendo que por lo menos tres hombres la conocen, y pueden atacarla.

—Estoy seguro de que ella sabría defenderse —dijo Nat Cravens —. Es bastante hombruna, señor.

No. H. Flowers pareció haber recibido un lanzazo. Se irguió vivamente, abrió la boca, pareció a punto de estallar…, y se quedó calladita, roja de ira, mirando a Cravens con expresión asesina.

—No digas tonterías —rechazó Keller—. Hay que buscarle un lugar seguro, y, salvo imprevistos, \ deberá permanecer allá sin moverse…

—¿Cómo sin moverme? —estalló por fin N.
H. Flowers.

—Su misión ha terminado al llegar a Viena, ¿no es así?

—Bueno, pero…

—Nosotros nos encargaremos del resto.

—¿Sí? ¿Y cómo, señor?

—No creo que tú pudieras hacer nada que nosotros no seamos capaces de hacer —dijo mordazmente Cravens.

—Ya sé. —Keller chascó dos dedos—, la llevaréis con vosotros a vuestro apartamento, Nat.

Nathaniel Cravens quedó como paralizado. Luego, se metió el meñique en la oreja, y la sacudió fuertemente. Por último, miró a su jefe y amigo.

—Perdone, señor —dijo—, tenía el oído obstruido y no he oído lo que ha dicho.

—Tenéis sitio de sobra —continuó Keller, impertérrito—, son dos habitaciones, una cocina grande, un salón grande… Vosotros dos podéis dormir en una habitación, y cederle la otra a Flowers.

—Lo que yo digo: la inclusión de agentes femeninos en el FBI tiene todas las trazas de una inmoralidad. O al menos, provoca la inmoralidad, porque…, ¿cómo vamos a dormir dos hombres en la misma habitación? ¿Qué pensarían de nosotros, señor?

—Lo normal en dos tipos que se dan besos —dijo Flowers.

—¡Oye, muñeca, si no…!

—Está decidido —dijo Keller—, se alojará con vosotros, por el momento. \ Nat Cravens sonrió sarcásticamente.

—A eso lo llamaría yo el sueño de una tarde de verano, señor. Nada ni nadie en el mundo podrá conseguir que yo dé cobijo a esta… a este… ser. Ni aunque me torturen. Ni aunque pudiese conseguir que me lloviesen billetes de mil dólares cada día sobre mi cabeza, ni aunque…

* * *

—Pues el apartamento no está mal —dijo N. H. Flowers—. Pero lo tenéis un poco descuidado, ¿no os parece?

Nat Cravens soltó un bufido, y fue a servirse coñac con sifón. Jeff Maxwell refunfuñó.

—Pues Nat nunca se ha quejado de mi trabajo.

—¿De qué trabajo? —Lo miró ella, extrañada.

—Yo soy quien limpia y ordena todo, aquí —aclaró Jeff—. Y como te digo, Nat nunca ha protestado. —Porque debe ser un cochino. Además, ¿por qué has de hacer tú estas cosas? ¿Es que siempre estás a su servicio?

Jeff Maxwell sacó pecho.

—Nat es mi amigo… Mi amigo de verdad.

—¿Sí? Pues yo pienso que Nat Cravens es un aprovechado, y que lo único que le interesa de ti es que le limpies los zapatos, le cocines, y tengas más o menos en orden su apartamento. Apostaría algo a que es así: un espabilado, un abusón de la amistad… ¿Cuál es mi cuarto?

Cravens se volvió velozmente, y señaló una puerta.

—Aquél —dijo.

N. H. Flowers alzó su maleta, fue hacia allí, abrió la puerta…, y palideció. Estuvo un par de segundos contemplando la taza del inodoro, y luego se volvió, llameantes sus dorados ojos.

—Muy gracioso… ¡Muy gracioso!

Jeff Maxwell hacía esfuerzos por no soltar las carcajadas, mientras Cravens, con expresión inocente, contemplaba a la muchacha, qué tras un gesto brusco, entró en uno de los dormitorios, cerrando de golpe la puerta.

—Buena la hemos hecho —se consternó Jeff, ya riendo—. ¡Además de ser mujer, tiene mal genio! Desde luego, sí que parece pura trilita, ¿verdad, Nat?

—Es sólo una mujer… Y desde luego, nunca le perdonaré al jefe la jugada que nos ha hecho. ¿Por qué demonios no la ponemos en un avión de vuelta a casa? No la necesitamos para nada.

—Desde luego. —Maxwell bajó la voz—, la hemos piafado en grande esta vez… ¡Nunca nos había ocurrido algo así! Hemos quedado como dos novatos de lo más tonto.

—Y las desgracias seguirán abatiéndose sobre el FBI mientras no comprendan la locura que han hecho: ¡agentes especiales femeninos! ¡Cielo santo! ¡Ya has visto los primeros resultados!

—Ha sido algo extraño, desde luego. Y hay que reconocer que si ella nos juzga por nuestra primera actuación, tiene derecho a considerarnos un par de bobos… Esperemos que el jefe consiga pronto ese envío de fotografías para ver si localizamos a alguno de

esos dos sujetos.

—Pues que se consiga algo así, desde luego. Pero —reflexionó Cravens, seriamente— el asunto se alargaría demasiado, si tenemos que pasarnos días mirando fotografías.

—Desde luego, no eran rusos.

—No… No eran rusos. Nos conocemos todos demasiado bien, y no creo que hayan importado expresamente a dos de ellos para recibir a Karl Riesler. Además, hablaban en alemán entre ellos… Son alemanes, por supuesto.

—¿Servicio secreto alemán? Podrían ser de la Alemania Oriental, o…

—No. Estás olvidando un detalle: Riesler parece no trabajar, al menos directamente, para ningún servicio secreto en especial. Un independiente, un oportunista. Esos dos sujetos, amigos suyos sin duda alguna, tampoco deben estar encuadrados en nóminas de espionaje.

—Pues estamos listos, porque eso va a dificultar todavía más el asunto. Y mientras tanto, Riesler quizá esté negociando ya la venta del microfilme para muy pronto.

—Sí —asintió sombríamente Nat, sentándose en la punta de un sillón—. Ya he pensado en eso: no es tiempo, lo que nos sobra. Pero quizá podemos, localizar a esos dos hombres antes de un par de horas, Jeff.

—¿Cómo?

—Pues deberíamos…

—Oye, Cravens —se oyó a través de la puerta del dormitorio elegido por N.
H. Flowers
—: ¿quieres venir a ayudarme un momento?

—Que te ayude tu tía —alzó la voz Cravens.

—Vamos, no seas rencoroso —la puerta se abrió un par de pulgadas—. Es sólo un segundo, hombre.

—Me parece que será mejor que la ayudes —dijo muy sensatamente Maxwell—: Será el mejor modo de que nos deje en paz.

Refunfuñando, Nat se puso en pie, fue hacia allá, empujó la puerta, y entró.

—¿De qué demonios se trata? ¿No podrías…?

Enmudeció. Ante él, de espaldas, estaba N. H. Flowers, en pantaloncitos y sujetador. Nada más que eso. La muchacha tenía los brazos doblados hacia atrás, sosteniendo los extremos de las tiras del sujetador, y volvió la cabeza, sonriendo.

—Me parece que el cierre se ha estropeado —dijo—. ¿Sería tan amable de echarle un vistazo?

Por un instante, hubo como un relámpago, en los ojos de Nathaniel Cravens. Luego, cachazudamente, se acercó, examinó el pequeño cierre del sujetador, y comentó:

—Pues sí… Parece que ha sido torcido por una fuerza extraña: por ejemplo, un par de dedos aceptablemente fuertes.

—¿Qué estás tratando de decir? —exclamó ella.

—Que no soy ningún memo, Flowers. Así que te diré una cosa, en lugar de molestar al prójimo con tonterías, lo que tienes que hacer es quitarte el sujetador, y enderezar el cierre que tú misma has doblado… ¿Está claro?

—Bueno, si no quieres ayudarme me quitaré el…

Hizo ademán de acabar de quitarse la prenda, volviéndose, pero Cravens sujetó los extremos con rápido gesto, enderezó el cierre, y lo abrochó. Dio una palmadita en el trasero a la muchacha, y dijo:

—Listo, nena.

Ella se volvió, y lo miró sonriendo dulcemente.

—Gracias. Has sido muy muy amable… Te estoy muy agradecida…

Esto último lo dijo mientras rodeaba con sus hermosos brazos el cuello del «g-man». Y cuando terminó de hablar, fue porque sus labios estaban ocupados besando los de Nat Cravens, que permaneció inmóvil como una estatua. Lo cual no desanimó en absoluto a N. H. Flowers, que insistió en su directísimo ataque… Y cuando el témpano parecía que comenzaba a deshelarse, la puerta del dormitorio se abrió de pronto, y Jeff Maxwell entró, diciendo:

—Oye, Nat, creo que sé lo que… ¡Caracoles!

N. H. Flowers separó sus labios de los de Cravens, y volvió la cabeza hacia Maxwell.

—¿Querías algo, compañero? —preguntó dulcemente.

—*Pu-pu-pu-pu-pues*… Bu-bueno, quería decirle a Nat que supongo se refería al radiograma que posiblemente Karl Riesler pudo… ¡Por todos los demonios, ya sabía yo que tendría que suceder esto!

—El posible radiograma, sí —dijo la «g-woman»—. ¿Algo más, Jeff?

—Sí. Estás perdiendo el tiempo: él sólo me quiere a mí.

Dicho esto, Jeff Maxwell salió, cerrando furiosamente. Y N. H. Flowers volvió a besar a Nat. Cravens, que de nuevo permanecía con el aspecto más indiferente del mundo. Hay que ser tolerante…

Afuera, Jeff Maxwell acababa de tirarse rabiosamente sobre el sillón cuando sonó la llamada a la puerta. Fue a abrir, y alzó las cejas al ver en el pasillo a Arthur Keller.

—Ah; señor… Pase.

Keller entró, mirando a todos lados.

—¿No está Nat?

—¿Cuál de los dos? —Gruñó Maxwell.

—El feo.

—Sí, está.

—¿Dónde?

—Ayudando a Flowers a deshacer su equipaje.

—¿De veras? Vaya, qué amable se ha vuelto Nat… Pero eso es bueno. Escucha, Jeff, se me ha ocurrido que.

—También se nos ha ocurrido a nosotros. A Nat primero, y luego a mí. Porque supongo que usted se refiere a lo que se habló de la presencia un tanto sorprendente de esos dos sujetos esperando en el aeropuerto a Riesler y a Flowers.

—Así es. Quizá enviaron un…

—Un radiograma, sí. Y si enviaron un radiograma, aunque utilizasen la clave más perfecta del mundo para el texto, hay algo que de ninguna manera podían ocultar: el destino del radiograma. Es decir, posiblemente, la dirección de los dos sujetos en Viena.

—Bueno, menos mal —sonrió Keller—. Estaba temiendo que os hubieseis vuelto tontos de verdad. Pero oye, si no recuerdo mal, Flowers traía una sola maleta, ¿verdad?

—Sí. Y muy pequeñita.

—Ya… Y… oye, ¿no será que Nat está haciendo algo… indebido? Es tan especial con las chicas…

—Envidia que le tiene, señor —mascullό Maxwell—. Cochina envidia, si me permite la expresión.

—¿Envidia? Bueno, no tenemos tiempo que perder, así que voy a abrir esa puerta y…

—Yo no lo haría, caracoles.

—¿Por qué no?

—Ahí dentro hay nitroglicerina y trilita… Ya sabe, señor, ¡a la menor sacudida…!, ¡pum! ¡Vaya mezcla: nitro y trilita!

—Pero qué mezcla ni qué… ¡Ahora mismo voy a…!

La puerta del dormitorio se abrió, y apareció Nat Cravens, tranquilamente. Frunció el ceño al ver a Keller, pero sonrió al oír tras él:

—¡Estúpido!

Keller miró vivamente hacía el dormitorio, pero la puerta se había cerrado de nuevo, impetuosamente.

—Supongo —dijo Nat—, que se le ha ocurrido lo del posible radiograma, señor.

—Sí…, sí, claro… Y vamos a ocuparnos de ello inmediatamente. Quizá tengamos suerte… Oye…, ¿qué estabais haciendo Flowers y tú?

—Ella me estaba besando, hasta que se ha cansado: yo no tenía ganas de jaleos hoy. Saldrá en seguida, cuando termine de vestirse.

—¿De qué? —aulló Keller.

—De vestirse.

—Eres el tipo más…

—Envidia —insistió Maxwell—. Cochina envidia, señor.

—Yo propongo una cosa —le tiró un beso con la mano Nat—: Salgamos de aquí inmediatamente aprovechando que Flowers no puede venir, y vayamos al aeropuerto a preguntar todo eso.

—Bien pensado, Nat —elogió Maxwell—. ¡Larguémonos ahora mismo! Por aquí, señor.

Tomó del brazo a Keller, y lo sacó del apartamento, Nat salió detrás, y se lanzó también escaleras abajo. Salieron a la calle, entraron en el coche, colocándose Maxwell en el volante y, cuando estaba a punto de arrancar, la portezuela derecha delantera se abrió y N.

H. Flowers
entró, con el abrigó a medio poner y los zapatos sujetos por los talones entre los dientes.

Se los quitó, y mientras se los ponía donde correspondían, dijo:

—¿Y si fuésemos al aeropuerto a preguntar si Riesler puso algún radiograma desde el avión?

Incluso Arthur Keller soltó un bufido, esta vez.

CAPÍTULO IV

Hacia las seis y media de la tarde, es decir, ya noche cerrada, debido principalmente al encapotado cielo, el coche se detuvo juntó al Donaukanal, en la Asper Platz, donde desemboca uno de los extremos de la corta Wiesingerstrasse.

Maxwell apagó el motor, y señaló con la barbilla, recitando de memoria:

—*Otto Woltz; 22, Wiesingerstrasse*… Servido, señor.

Keller asintió con la cabeza, y sacó la radio de bolsillo: no se les escaparían esta vez, desde luego. Accionó el botón de llamada, y en seguida se oyó la voz de un hombre:

—¿Sí, señor?

—Hemos llegado, Spencer… ¿Estáis en vuestros sitios?

—Sí, señor. Estamos ocupando los dos extremos de la Wiesingerstrasse, así como las esquinas de ésta con la Biberstrasse. Hay un coche también en la Dominikaner Bastei, y otro en Parking Stubering… Yo diría que el cerco es completo, señor.

—De acuerdo. Te llamaré si llega el caso. Estad atentos en todo momento —cerró la radio, la guardó, y señaló hacia la calle que les interesaba—. No me parece conveniente ir los cuatro: llamaríamos demasiado la atención.

—Nadie se fijaría demasiado en una pareja —sugirió N. H. Flowers, en un susurro—. Ni siquiera esos hombres, aunque nos viesen llegar… No es fácil identificarnos.

—Me parece bien —aprobó Keller—. Iréis Jeff y tú hacia allí, y si espantáis la caza…

—Yo creo que una pareja formada por Jeff y por mí sí llamaría la atención: soy más alta que él, señor.

—Lo sabía —masculló Maxwell—. Lo que ella quiere es darse un

romántico paseo por Viena tomada del brazo de Nat, señor… ¡Las vuelve locas a todas!

—Ella tiene razón. Salid, Nat. Mucho cuidado, y a la menor señal de peligro, llama por la radio, y todos intervendremos. No se trata de pelear, sino de cazarlos del modo más seguro posible… ¿Está claro? Ved si están, y…

—Bueno, demonios, ya sé lo que tengo que hacer —gruñó Nat, apeándose.

N. H. Flowers salió rápidamente tras él, se tomó de su brazo, y como una pareja cualquiera, el
«g-man»
y la «g-woman» se dirigieron, como paseando, hacia el centro de la Wiesingerstrasse…

—Llevo tres años haciendo pareja con Nat —murmuró Jeff Maxwell—, y ahora aparece esa niña, y me lo quita…. ¿Esto es justo, señor?

Arthur Keller le miró afectuosamente.

—Tranquilo, Jeff: Nat sabe cuidarse muy bien.

—Sí, pero…

—Deja de preocuparte por él.

—¿Y sabe qué ha dicho ella cuando llegó al apartamento?

—¿Qué ha dicho?

—Que no estaba lo bastante arreglado… ¡Como si yo no supiese lo que le gusta y lo que no le gusta a Nat! Una vez le hice una tortilla de jamón y quedó que se estuvo chupando los dedos durante una semana. Y en otra ocasión…

—Jeff.

—¿Sí, señor?

—Deja de hablar. Estás hablando y hablando y pensando en lo que puede ocurrirle a Nat. Olvídalo: ha salido de situaciones mucho peores.

—Pero yo estaba con él.

—Por todos los demonios, cállate ya.

Jefferson Maxwell quedó sumido en sombrío silencio. Y así permanecieron ambos durante unos minutos, hasta que, de pronto, sonó un zumbido bajo la ropa de Arthur Keller. Éste sacó inmediatamente la radio, y admitió la llamada.

—¿Nat? —susurró.

—Sí, señor. Hemos visto el nombre de Otto Woltz en el vestíbulo de la casa. Segundo piso, puerta A. Hemos llamado, pistola en mano, pero nadie ha abierto. Así que he abierto yo con mi ganzúa, y Flowers y yo estamos en, el apartamento… No hay nadie.

—Maldita sea… Quizá esos sujetos han comprendido que podíamos localizarlos, y han…

—A mí no me parecieron demasiado listos, francamente, señor. Dudo mucho que sus cerebros den para tanto. Soy partidario de esperarlos… Y hasta es posible que se presenten con Karl Riesler. A fin de cuentas, es Riesler el que nos interesa.

—Bien… Sí, claro. De acuerdo esperaremos.

* * *

Nat Cravens cerró la radio, la guardó, y sentado cómodamente en el sillón, miró a su alrededor una vez más. Delante de él, de pie, Nathalie Hortense Flowers lo miraba atentamente. Nat abrió la boca, dispuesto a decir que sería conveniente echar un vistazo por el apartamento, y antes de que pudiese hacerlo, ella sugirió:

—¿Te parece que echemos un vistazo por el apartamento?

—Es una idea absurda, porque no vamos a encontrar nada, pero no me cuesta nada complacerte.

El apartamento constaba de tres habitaciones, cocina, dos cuartos de baño, y el saloncito…, donde veinte minutos más tarde se reunían los dos de nuevo, y, sin mirarse, ocupaban sendos sillones. No hacía falta el menor comentario. Nat Cravens movió apenas una mano hacia donde solía llevar los cigarrillos, pero, recordando de pronto que los había terminado en el coche, la retiró, y se quedó contemplando hoscamente el techo. Sentada en su sillón, Nathalie encendió dos cigarrillos de los suyos, fue a llevarle uno a Cravens, que lo aceptó en silencio, y volvió a quedarse mirando al techo. La luz del saloncito no se podía ver desde la calle, ni desde el pasillo del edificio, a menos que se mirase expresamente por debajo de la puerta, pero si a aquellos dos sujetos se les ocurría hacerlo, o llegaban sin que los oyesen…

N. H. Flowers apagó la luz, y volvió a sentarse en el sillón elegido. La única iluminación fue entonces la que llegaba desde la ventana del dormitorio que daba al interior de la manzana, y que servía únicamente para ver el humo de los cigarrillos, y, todo lo

más, los contornos de uno y otro servidor del FBI.

«Como te pongas a hablar —pensó Nat Cravens—, soy capaz de tirarte un zapato a la cabeza».

Durante casi hora y media, N. H. Flowers no sólo permaneció en el más completo silencio, sino también en la más completa inmovilidad después de terminar el cigarrillo. Era como si nadie estuviese allí, cerca de él. Casi ni oía la respiración…

Tut, tut, tut…, se oyó de pronto en el denso silencio, Cravens sacó rápidamente la radio de bolsillo, admitiendo la llamada.

—Diga, señor.

—Nat, acaban de llegar… No nos han dado tiempo a nada. Han aparecido en un coche, se han parado delante del número veintidós, y han subido rápidamente.

—Muy bien.

—Nat, ten cuidado —se oyó la voz de Maxwell—. Ya sabes que esos tipos son de armas tomar.

—Yo también.

Cerró la radio, la guardó, y se volvió hacia Flowers, para decirle que se colocase a un lado de la puerta y él lo haría en el otro. Pero la muchacha salía ya del saloncito hacia el recibidor, y cuando Nat llegó allí la vislumbró a un lado de la puerta, esperando… En su mano brillaba apagadamente la pistola.

Afuera se oyeron claramente las pisadas de los dos hombres. Luego, el todavía más claro sonido de la llave j en la cerradura, que giró. La puerta fue empujada, y una silueta apareció… Detrás, otra silueta. La puerta fue cerrada, y al mismo tiempo que la luz era encendida, la voz de uno de los hombres restalló, áspera, en alemán:

—Son menos cinco. Ya te dije que llegaríamos a tiempo de…

—Buenas noches —saludó Nat Cravens en alemán.

El hombre que hablaba ya lo había visto, lo cual le había ocasionado una súbita mudez y una no menos súbita palidez. Era el que había encendido la luz. El otro, más en el centro del recibidor del apartamento, se había vuelto, y de un solo vistazo se dio cuenta perfecta de la situación: la chica que según el radiograma cifrado tenían que eliminar cuando al llegar Riesler al aeropuerto se la señalase, y el sujeto de los golpes bestiales… Los dos. Allí estaban, pistola en mano.

—Contesten, maleducados —arguyó Flowers, con un rasgo de humor que encantó a Nat, a su pesar.

El cual señaló la mano enyesada de uno de los hombres.

—¿Algún accidente? —preguntó, sarcástico.

Por supuesto, era el hombre al que él había golpeado en el aeropuerto con su pistola; al parecer, desde aquel momento, habían estado ocupados recurriendo a un médico.

—¿Con qué derecho están ustedes aquí? —preguntó de pronto el de la mano enyesada.

El «g-man» y la «g-Woman» abrieron mucho los ojos; fue ella la que contestó:

—Eso debe ser un chiste, ¿no?

—Y hablando de chistes —añadió Nat—, ¿cuál de ustedes es Otto?

—Yo —dijo el de la mano enyesada.

—Ah. —Nat miró al otro—. No me diga que usted se llama Fritz.

—No.

—Es una lástima… Pero de todos modos, les voy a contar el chiste de Otto y Fritz. Apuesto a que ustedes han oído muchos de esos dos personajes tan populares… Verán: un día, estaba Fritz invitado a cenar en casa de Otto, el cual era tan pobre que sólo podía ofrecerle una tortilla de patatas. Y eso para tres, o sea para otro, Fritz, y la mujer de Otto. Así que imagínense ustedes lo hambrientos que quedarían cuando entre los tres se comieron nada más que media tortilla, porque, claro, había que dejar la otra mitad para el desayuno. Pues nada, dejan la media tortilla en la cocina, y se van a dormir. Pero tan pobre era Otto, que solamente había una cama, en la casa, así que, claro, tuvieron que acostarse los tres juntos… Por supuesto, Otto en medio, claro. Y hete aquí que cuando estaban durmiendo, suena la sirena de alarma de los bomberos, y como Otto trabajaba en aquellos tiempos de bombero, salta de la cama, se viste en cinco segundos y sale corriendo de la casa, a cumplir con su deber. Entonces, la mujer de Otto se acerca más a Fritz en la cama y le sugiere, dulcemente: «Fritz, Otto se ha ido: aprovéchate…». «¡Estupendo!», exclama Fritz… ¡Y se va a la cocina y se come la tortilla que había quedado!

N. H. Flowers sonrió a medias. Otto y el otro, que no se llamaba

Fritz, permanecieron impávidos, mirando al agente del FBI.

—Me parece que no les ha gustado el chiste —dijo Flowers.

—Pues no es de los más malos de Otto y Fritz… Bien, señores, ustedes han llegado diciendo que son las ocho menos cinco, y que han llegado a tiempo… ¿de qué? Porque ahora ya son menos… dos. ¿A tiempo de qué Otto?

Éste apretó los labios, y el «g-man» entornó los ojos con expresión regocijadamente malvada.

—¿Quieres que les pregunte yo? —se ofreció Flowers—. A lo mejor con una chica son más sociables.

—Me basto y sobro para… —En aquel momento se oyó el tut-tut-tut de llamada de la radio de bolsillo, y Nat la sacó—. Sí, señor, los tenemos. Pueden subir para…

—Nat, acaban de entrar tres hombres en el edificio —cortó la voz de Arthur Keller; apresurada—. Puede que vivan ahí, y puede que sean amigos o algo parecido de esos tipos.

—De acuerdo. Es mejor que no suban todavía, señor. Si son amigos de Otto Woltz y consiguen salir corriendo del edificio, ustedes los atraparán en la calle.

—Buena idea.

—Nat —se oyó la voz de Maxwell—, ten cuidado. Podrían…

—Cierra la bocota —masculló Nat, cerrando la radio y guardándola.

—No eres muy amable con tu esclavo-reprochó Flowers, —lo menos que podrías hacer con una persona que tanto te adora, es corresponderle, ¿no crees?

—¿Me estás declarando tu amor? —sonrió Nat.

—¿Yo? Paquidermo…

—Ssst. —Nat se llevo un dedo a los labios—. ¿Sabes qué pienso, nena? Que esos tipos que suben deben ser amigos de estos dos, que estaban citados para las ocho. ¿A que sí, Otto?

Ni Otto ni el que no se llamaba Fritz contestaron. Nat los estuvo contemplando atentamente, de nuevo entornados los ojos. De pronto, Flowers susurró:

—Ya oigo sus pasos…

—Yo también. Vosotros —señaló a los dos alemanes—, vamos a ver que tal tenéis de desarrollado el sentido de la supervivencia.

Uno se sentará en la salita, bien a la vista, tranquilamente. El otro abrirá la puerta cuando llamen… Y al menor gesto o voz de aviso a los que vienen, os meto una bala en el pescuezo. ¿Está claro? Conque, ¡cada cual a su sitio! Tú, Flowers, colócate en…

Pero la «g-woman» iba ya hacia uno de los dormitorios, en el cual entró, dejando la puerta entornada apenas un par de pulgadas: espacio suficiente para ver y disparar, incluso un poco fastidiado ante tanta clarividencia por parte de N.

H. Flowers

Nat fue a colocarse a un lado de la entrada al saloncito, haciendo señas a Otto, que se sentó en un sillón. El que no se llamaba Fritz quedó de pie, cerca de Nat, mirando hacia la puerta.

El timbrazo, pese a ser esperado, los sobresaltó a todos, Nat señaló hacia la puerta con la pistola, y el que no se llamaba Fritz fue a abrir…

—Hola, Christian —se oyó una voz desconocida—. ¿Dónde demonios habéis estado?

—Otto tuvo un contratiempo —se oyó la tensa voz del que no se llamaba Fritz, sino Christian—, y hemos estado en un hospital; han tenido que enyesarle la mano. Pero ya veis que tal como dijo el jefe cuando le dijimos lo ocurrido, hemos llegado aquí a las ocho…

—Eso está bien… Ah, Otto —los recién llegados debían haber visto ya a Otto, sentado como una estatua en el sillón—, parece que has tenido mala suerte, ¿eh?

Otto Woltz tragó saliva, haciendo verdaderos esfuerzos para no mirar hacia donde Nat Cravens, pistola en alto, esperaba la aparición de los tres visitantes.

—Sí —musitó—. Mala suerte, que no es nada grave.

—Pues esto sí es grave —dijo el visitante.

Plop.

Plop.

Plop, plop, plop, plop…

Otto Woltz había comenzado a chillar al recibir los balazos, y el que no se llamaba Fritz apareció caminando, tropezando de espaldas, chillando también y agitando los brazos a medida que iba recibiendo balazos. En un instante, un auténtico chorro de balas inundó el saloncito, empujando a Christian, clavando a Otto contra el sillón, destrozando un jarrón y un cuadro… Paralizado

brevísimamente por la lógica sorpresa, Nat Cravens reaccionó justo cuando Flowers salía a toda prisa del dormitorio, corriendo hacia el recibidor, resuelto el gesto.

El
«g-man»
se cruzó rápidamente en su camino, y la agarró por un brazo.

—¿Estás loca? —gritó, sin poder contenerse.

Ella intentó desasirse, pero una llave de pierna velocísimamente aplicada por Nat, la derribó de espaldas, completamente plana, ante sus pies: una perfectísima aplicación por parte de Nat Cravens del movimiento de judo de Asín Barai: Un tanto brutal quizá, pero oportunísimo movimiento, porque casi simultáneamente, los tres visitantes de Otto y Christian, llevados por la inercia, aparecían en el umbral del saloncito, dispuestos a comprobar que los dos sujetos estaban muertos, evidentemente… Pero, también al mismo tiempo, ellos tenían que haber oído el grito de Nat, y el primero, frenando en seco, volvió la mirada hacia allí y gritó:

—¡Eh! ¡Hay un…!

En una millonésima de segundo, los tres hombres vieron a Nat Cravens, y Nat Cravens los vio perfectamente a ellos. Fue como en un velocísimo disparo de luz de magnesio para fotografías en la oscuridad.

Y el primero en reaccionar fue Nat Cravens, alzando su pistola y disparando.

¡*Pack*! Restalló sonoramente su automática.

El hombre que estaba gritando no pudo terminar su frase; pero sí la convirtió en un espeluznante chillido cuando la bala disparada por el agente del FBI le entró por la abierta boca y lo envió de espaldas contra sus compañeros, los cuales, lanzando sendas exclamaciones, rechazaron el cadáver, dieron media vuelta y se precipitaron fuera del apartamento.

Mientras tanto, N. H. Flowers se había puesto en pie, todavía pistola en mano, y se dispuso a salir detrás de ellos. Cravens volvió a sujetarla por un brazo.

—¡Déjalos, estúpida! ¡Abajo los están esperando y…!

Lanzó un grito cuando la mano izquierda de ella asió la suya, y la vio girar. El hombro de Nat Cravens comenzó a crujir, y el
«g-man»

hizo lo único que podía hacer, saltó, dando la vuelta, y fue a caer, de espaldas, sobre el ensangrentado cadáver de Christian, rebotando y rodando por el suelo.

Lanzando imprecaciones, Nat se puso en pie, y salió en pos de Flowers, que estaba cerca de la puerta ya…, pero frenando a toda prisa, porque afuera, en la escalera, se oían disparos. Abajo, seguramente en el descansillo del primer piso, se oyó un alarido de dolor, luego dos disparos de automática, otro alarido de dolor… Nat Cravens llegó junto a Flowers, la apartó de un manotazo, y mientras se oían precipitados pasos ascendentes en la escalera, él salió al descansillo, alzando la pistola.

Se atragantó con un fuerte respingo cuando, al mismo tiempo que veía aparecer la cabeza de uno de los dos hombres que había escapado, la bala disparada por éste pasó rozando su sien derecha y arrancó un puñado de astillas del marco de la puerta. Retrocedió con tal apresuramiento que cayó de espaldas, aprovechando para rodar hacia atrás y ponerse definitivamente fuera de toda posible línea de tiro.

Cuando se colocó de rodillas, las pisadas se oían ahora por encima de ellos, hacia los pisos altos, y Flowers pasaba por su lado, siempre pistola en mano, siempre resuelto el gesto… Gravens la asió de un tobillo, derribándola junto a él.

—¡Nat! —Oyeron la voz de Keller—. ¡Van hacia arriba, ten cuidado! ¡Le han dado a Jeff!

N. H. Flowers, que se disponía a rebelarse contra aquel abrazo que la inmovilizaba, quedó muda, fijos sus ojos en el rostro de Nat Cravens, que de pronto se había tornado lívido, desencajado. Abajo se oían voces, pisadas, gritos de vecinos. Por arriba, las veloces pisadas de los dos hombres, que seguramente comprendiendo la trampa tendida alrededor de Otto y Christian, iban a probar escapar por los tejados…

Dos hombres aparecieron de pronto en la puerta del apartamento, jadeando, pistola en mano. Sus miradas fueron rápidamente hacia el suelo al vislumbrar allí a Nat y Flowers.

—Hacia arriba —dijo con voz ronca Nat—. Ellos siguen subiendo Spencer.

El agente del FBI Spencer asintió con la cabeza, y se lanzó escaleras arriba, seguido del otro

«g-man»;
detrás de ellos apareció otro más, lanzado a toda velocidad hacia los pisos altos… Nathaniel Cravens se puso en pie, lentamente. Y lentamente salió del apartamento, seguido por Flowers, que vacilaba entre ir con él o unirse a sus compañeros que iban de cacería por los tejados. Finalmente, optó por lo primero, descendiendo al primer piso en pos de Nat.

Los dos vieron a Arthur Keller, acuclillado en el rellano sobre Jeff Maxwell, que gemía débilmente, tendido de espaldas, con una gran mancha de sangre en el brazo derecho y otra en el abdomen… Sin embargo, cuando Nat Cravens se arrodilló junto a su compañero, la «g-woman» Flowers no habría sabido decidir cuál de los dos amigos estaba más pálido y desencajado.

—Yo me encargo de Jeff, señor, avise una ambulancia.

—De acuerdo —musitó Keller.

Cravens ni siquiera miró la herida del brazo de Maxwell. Dedicó toda su atención al boquete que su compañero tenía en el abdomen, apartando las ropas, rasgándolas corrió si fuesen de finísimo papel entre sus tortísimos dedos.

—Nat, he… he…

—Cierra la boca, Jeff.

—He querido… ayudarte… Pensé que… que si había jaleo, esos… esos tipos… Ellos eran más, y… ¿Estás bien, Nat?

—Sí. Cállate.

Cravens se quitó la chaqueta, y luego la camisa. Con ésta, hizo una gran bola, y la colocó sobre la herida al descubierto de Maxwell, controlando muy pronto la pérdida de sangre. Ante el velludo torso increíblemente musculoso de Nat, Flowers permanecía atónita, aturdida por los acontecimientos, consternada, por la herida de Jeff.

—¿No me oyes, cretina?

—¿Eh? ¿Qué…?

Los llameantes ojos de Cravens estaban fijos en ella.

—¡Que pidas una sábana y esparadrapo en alguno de estos apartamentos! ¡De prisa!

—Sí… ¡Sí, ya voy!

Hubo un movimiento de inquietud entre los pocos vecinos que habían aparecido en el descansillo cuando Flowers se puso en pie.

Se oía la llegada de la policía, gritos y órdenes, abajo… Nat se quitó un zapato, lo colocó con los bordes hacia el brazo de Maxwell, y lo ató como mejor pudo, con los cordones.

—Me parece que tienes el hueso roto —susurró—. Será mejor que no te muevas ni un pelo, Jeff.

—Sí… Sí, Nat; lo que tú digas…

—Eres un maldito idiota.

—Sí… Sí, Nat.

—¡Y cállate de una vez! ¡Yo puedo hablar pero tú no!

Flowers regresó con una sábana y un rollo de esparadrapo. Cravens le quitó a Maxwell su camisa, de sobre la herida, ya empacada en sangre, y colocó varios trozos de sábanas, sujetándolos con esparadrapo. De nuevo a su lado, Arthur Keller los miraba a los dos, en silencio, pálido. Pero la llegada de la policía le ocupó inmediatamente. Mientras él daba explicaciones, llegó una ambulancia, y dos camilleros se hicieron cargo de Jeff Maxwell, que se había desvanecido, finalmente.

Lo bajaron con todo cuidado, vigilados ferozmente por Cravens, y lo metieron en la ambulancia, en la cual entró el agente del FBI sin consultar con nadie. Uno de los camilleros abrió la boca, pero vio el rostro de Nat y la cerró. Flowers subió también a la ambulancia, mientras llegaban dos más.

La que ocupaban ellos y Jeff Maxwell se puso en marcha. N.
H. Flowers
puso una mano dulcemente sobre las de Nat Cravens, que se apretaban una contra otra fuertemente. Estaban frías, rígidas; parecían de hielo.

—Se pondrán bien —susurró la muchacha—. Ya verás como saldrá de ésta, Nat.

Nat Cravens la miró. Luego volvió a fijar sus oscuros ojos en el desencajado, palidísimo rostro de su compañero desvanecido. Eso fue todo. Excepto que N.
H. Flowers
se dijo que jamás en toda su vida había visto una expresión tan sombría y terrible como la de Nathaniel Cravens.

CAPÍTULO V

Arthur Keller apareció en el antequirófano casi una hora más tarde. Nat y Flowers lo miraron, pero no dijeron nada. El jefe del FBI en Viena echó un vistazo al quirófano, se pasó la lengua por los labios y se volvió, pálido, hacia ellos.

—Escaparon —susurró.

Cravens pareció no haber oído. Flowers preguntó:

—¿Los dos?

—Sí. No sé cómo pudieron conseguirlo, pero escaparon… Spencer casi se rompe una pierna por esos tejados. El otro está muerto: le salieron los sesos por la nuca.

—¿Y los dos del aeropuerto?

—Uno de ellos murió en el acto. El otro, el de la mano enyesada, todavía estaba vivo… y eso nos ha servido de algo.

Nat Gravens lo miró fijamente.

—¿De qué?

—Bien… Le hicimos comprender a Otto Woltz que quienes le habían disparado eran amigos suyos, y que, por lo tanto, sólo un tonto no comprendería que habían sido enviados para eliminarlos porque nosotros los conocíamos. Era fácil de comprender todo: ellos llaman a su jefe para decirle que no han podido eliminar a Flowers, que las cosas han salido mal. El jefe les ordena acudir, pero Otto tiene la mano rota, y debe atenderle primero. El jefe comprende que así es mejor, y les dice que a las ocho esperen en su apartamento…, y envía a eliminarlos antes de que nosotros los encontremos. Es decir, con esa esperanza. Otto Woltz comprendió muy bien esto.

—Eso fue un chorrito de veneno por parte de usted, ¿no? —dijo Flowers.

—Por supuesto. Sabiendo esto, Woltz no tuvo inconveniente en

decirme todo lo que sabía para vengarse de su jefe.

—¿Y qué sabía?

—Entre otras cosas, la dirección donde podríamos encontrar a Karl Riesler: 68, Karmelitergasse. Al parecer, estamos enfrentándonos a una banda de espías privados muy bien organizada. La manda una mujer llamada Renata van Vollz, pero Woltz no vivió lo suficiente para decirnos dónde podemos encontrarla.

—Pero podemos encontrar fácilmente a Karl Riesler, y él nos dirá… ¿No?

Keller dejó de mover negativamente la cabeza.

—No —masculló—. Ya hemos estado allí: Karl Riesler está frío, Nat.

—Entiendo.

—Por lo menos tres o cuatro horas antes de que fuesen a liquidar a Woltz y al otro.

—Sí, entiendo: corte de pistas por eliminación… Me gustará conocer a esa Renata. ¿Qué hay del microfilme que Karl Riesler compró en Estados Unidos?

—Nada. He dejado allí, en su apartamento, a varios muchachos, que volverán todo patas arriba, pero, francamente, no tengo ninguna esperanza. Yo creo que Riesler había enviado ya ese microfilme a la tal Renata van Woltz. Como no veía riesgo alguno a su alrededor, Riesler tomó el avión para Viena. Durante el vuelo, fue cuando debió darse cuenta de que Flowers le vigilaba, sospechó algo… Puso el radiograma a Otto Woltz, en clave, por si acaso. Otto Woltz lo recibió, avisó a Renata van Vollz, y ésta lo envió, junto con el otro, a liquidar a Flowers, seguramente porque mientras fuese posible quería conservar a un elemento tan eficaz como Karl Riesler. Pero al complicarse las cosas, ha decidido prescindir de él, y de Otto Woltz y el otro… A menos que los muchachos encuentren algo en el apartamento de Riesler, la cosa se pondrá muy fea, Nat…

—Podemos buscar a Renata van Vollz —musitó Flowers.

—Se hará, desde luego —asintió Keller—. Y hasta es posible que la encontremos. La pregunta es: ¿tendrá todavía el microfilme en su poder, o lo habrá vendido a los rusos, a los alemanes, a los franceses…, o a todos, obteniendo varias copias?

Quedaron silenciosos los tres, sombríos, hasta que, casi dos

minutos más tarde, Nat preguntó:
—¿Seguimos teniendo bajo control a Boris Spokovitch?
—Claro. Como siempre: pura rutina… Y ellos deben saber muy bien lo que hacemos nosotros. Normal.
—¿Quién es Boris Spokovitch? —preguntó Flowers.
—El agente-jefe del servicio secreto ruso en Viena… Algo así como yo con respecto al FBI —explicó Keller; y de pronto sonrió a medias—. Es un hombre muy inteligente y amable. Y tiene una conversación muy amena… Es cordialísimo.
N. H. Flowers abrió mucho los ojos.
—¿Se conocen ustedes?, tienen conversaciones…
Nat Cravens soltó uno de sus bufidos. Keller fue más indulgente con la novata del FBI.
—Aquí, en Viena, nos conocemos todos… O casi todos. Somos como… un gran conjunto de atletas de varios países procurando ganar cada cual todas, las partidas posibles. Con buenos modales, siempre que ello es factible. A decir verdad, casi tenemos mejores relaciones con los rusos que con los de la CÍA…
—Usted bromea, señor —tartamudeó Flowers.
Arthur Keller encogió los hombros y miró expectante a Cravens.
—¿Qué pasa con Spokovitch, Nat?
—Quiero saber dónde está en estos momentos.
—Muy bien. Me ocuparé de eso… Voy al coche, a llamar por la radio: lo sabrás dentro de cinco minutos.
Dirigió una inquieta mirada al quirófano y salió. N.
H. Flowers
se quedó mirando a Cravens.
—¿Qué piensas hacer? ¿Entrevistarte con ese ruso?
Nat Cravens no contestó. Su mirada estaba fija en los hombres vestidos de blanco que cumplían su meritorio trabajo con Jeff Maxwell. Uno de esos hombres se había separado del grupo, y caminaba hacia la puerta con recuadro de cristal. Salió, se bajó la mascarilla y sonrió al
«g-man».
—El doctor me dice que le comunique que ha habido suerte, señor Cravens.
—¿Se salvará?
—Sin duda alguna.

El rostro de Nat se transformó, completamente.

—Denle un beso de mi parte cuándo recobre el conocimiento. Y a todos ustedes, muchas muchas, miles de gracias… Vamos, Flowers.

Llegaron al coche cuando Arthur Keller se disponía a apearse. Los esperó en el asiento delantero, y esperó a que Nat se sentase ante el volante y Flowers atrás.

—Está tomando café en la Karlsplatz —dijo entonces.

—Jeff se va a salvar, Arthur.

Keller tragó saliva y sonrió. No dijo nada. Cravens se buscó en vano un cigarrillo, y aceptó el que le ofrecía Flowers ya encendido, mirándola hoscamente.

—Vas a tener un gran honor, nena: formarás decididamente pareja conmigo en este asunto. Y no porque me hayas parecido inteligente, sino porque no eres conocida en Viena… ¿Habla ruso?…

—No.

—Lo presentía. Por fortuna, Boris habla el inglés mejor que nosotros.

—¿Tengo que ir a hablar con él? —Se sobresaltó la muchacha.

Cravens y Keller se miraron. El primero refunfuñó.

—No entiende nada de nada; todo hay que explicárselo…

* * *

He aquí una jornada cualquiera de un residente-jefe del espionaje, soviético en Viena, que Nat Cravens había ido grabando con la voz de N.
H. Flowers
que le llegaba por la radio de bolsillo cada hora en punto:

A las once menos cuarto: termina su café en la Karlsplatz y se va a otro café, a donde llega a las once en punto, pese a que ese otro café está muy cerca, en la Floragasse. Naturalmente, el café está cerrado a esas horas en Viena. Pero Boris Spokovitch llama, le abren y entra. Sale cinco minutos más tarde, y se va caminando hasta la Waaggasse, donde entra en un edificio.

A las doce de la noche todavía no ha salido de allí.

A la una no ha salido aún.

Ni a las dos.

Sale de ese edificio a las dos y veinte de la madrugada. La ciudad está desierta. Ahora le acompaña un hombre. Se meten los dos en un coche.

Son casi las tres cuando llegan al Aeropuerto Internacional de Viena. Se sientan en la sala de espera. A las cuatro siguen los dos allí, esperando. Y a las cinco.

A las seis menos veinte llega un avión de la Lufthansa, procedente de Berlín. Boris Spokovitch y su compañero se ponen en pie. A las once menos doce minutos comienzan a salir los pocos pasajeros de ese vuelo. Boris Spokovitch se sienta de nuevo, y su compañero se acerca a uno de los bares, cerrado. Uno de los pasajeros recién llegados pasa muy cerca del bar. Lleva un portafolios. Se acerca al bar, se apoya en él, deja el portafolios en el suelo y se ata el cordón del zapato derecho. Luego sigue su camino… dejándose olvidado el portafolios. El acompañante de Boris Spokovitch enciende un cigarrillo, acercándose al portafolios, Se inclina, lo recoge y se va hacia la salida. Boris Spokovitch se va tras él, se reúnen fuera (hace un frío espantoso), van al coche y regresan a Viena. Boris Spokovitch se apea de la Ungarsse, y según el plano de Viena, justamente en el cruce con Strechtgasse, en la cual entra. Llega ante un portal, al de la casa número 39, lo abre y entra. Son las seis y cuarto.

A las siete, Boris Spokovitch no ha salido.

Ni a las ocho.

Ni a las nueve.

Sale a las nueve y veinte…, justo cuando el mismo coche de la noche anterior, conducido por el mismo hombre aparece y se detiene junto al bordillo. Los dos se van en el coche. Cruzan el Donaukanal por Rotundanallee. En seguida un gran bosque hermosísimo aparece ante ellos… Según el plano, es El Prater, los famosos bosques vieneses. Dejan el coche y se dedican a pasear. Boris Spokovitch lleva el portafolios que horas antes olvidara al descuidado pasajero de la Lufthansa. A las diez menos cuarto, Boris Spokovitch mira el reloj de pulsera. Y a las diez menos catorce minutos. Y a las diez menos trece minutos. Y a las diez menos doce minutos…

Al llegar a este punto, Nat Cravens corta la información que está recibiendo por parte de H.

por medio de la radio de bolsillo que le ha sido facilitada:

—No los pierdas de vista ni cierres la radio.

Son exactamente las diez de la mañana menos once minutos y cincuenta y cinco segundos cuando Nat Cravens se incorpora de la Silla que ha estado ocupando toda la noche junto a Jefferson Maxwell en el cuarto de la clínica. Se guarda la pequeña grabadora a pilas, cerrada, y la radio de bolsillo, con el canal abierto. Mira a su Compañero, le pasa una mano por la frente, la encuentra tibia y seca, y, sonriendo, la besa.

A las diez menos once minutos y cinco segundos, Nat Cravens entra en su coche y lo pone en marcha. Se pone en camino hacia El Prater, mientras abre el canal de la radio del coche. Inmediatamente, en la radio se oye la voz de Arthur Keller:

—¿Nat?

—Sí. Se va a producir el contacto, me parece. En El Prater.

—Hermoso lugar. ¿Cómo está Jeff?

—Yo diría que espléndidamente en lo que cabe. No me sorprendería que abriese sus ojitos antes del mediodía.

—Espléndido. Hasta luego.

—Hasta luego.

Nat Cravens cierra la radio. A las once menos un minuto exactamente llega a El Prater por la Hauptallee, detiene el coche y saca la radio de su bolsillo aún abierta.

—Nena.

—Dime, Nat.

—¿Cómo va ese sueño?

—Fatal. Estoy que me caigo.

—Ya te recogerán los del servicio de limpieza… ¿Qué me dices del ruso?

—Siguen paseando. Cada minuto casi exactamente ha mirado la hora.

—Ah, debe ser una contraseña. ¿Dónde han dejado el coche?

—Según este plano, en la entrada. En El Prater por Rotundanallee y Hauptallee.

—¿Matrícula?

—ZH 94 SB. Color azul oscuro. «Mercedes».

—Okay. Sigue con lo tuyo. Y cuidadito con fallarme, porque te

haría una demostración de judo.

—Sería con permiso de mi aikido, ¿no?

—El aikido es un juego de niños, nenita.

—¿Sí? Bueno, pues hay gente que lo considera como una lucha absolutamente diabólica.

—No deja de ser un hermanito menor del judo.

—Pero más refinado.

—Más cruel, pero menos vigoroso.

—Lo que te pasa es que como no sabes nada de aikido…

—Oye, nenita, que a mí eso de llevar faldas para practicar un deporte no me gusta nada. En cambio, en el ju…

—Nat, se han sentado en un banco.

—¿Boris y su amigo?

—Sí, los dos. Espera… Se les están acercando dos hombres… ¡Los conozco, Nat! Son los dos que escaparon ayer después de matar a Otto y Christian…

—¿Los que estuvieron a punto de matar a Jeff?

—Sí… Sí.

—Vaya… Está bien. No me digas nada más: yo te hablaré dentro de un par de minutos.

—Está bien.

Nat Cravens mira su reloj: las once en punto. Sonríe secamente, sale del coche y se dirige hacia donde ha calculado que está el «Mercedes» de color azul oscuro, matrícula ZH 94 SB. Lo ve muy pronto, va hacia él y sin la menor vacilación, se mete en el asiento de atrás. Saca la radio del bolsillo.

—¿Nena?

—Están regresando hacia el coche. Han entregado el portafolios a los dos que dispararon contra Jeff, y ellos le han entregado algo muy pequeño. Se han separado.

—No olvides lo que te he dicho del judo. Si me fallas… Eso es todo por ahora. Cierro…

A las once y cuatro minutos, Nat Cravens se desliza entre el asiento de atrás y el respaldo de los delanteros. A las once y cinco minutos y medio se oyen pasos cerca del coche, las dos portezuelas de delante se abren, dos hombres entran, se sientan. Uno de ellos dice:

—Al aeropuerto, Mikhail.

Entonces, Nat Cravens se endereza en el asiento de atrás ya con su pistola en la mano y dice, amablemente:

—Buenos días, Boris.

CAPÍTULO VI

El llamado Mikhail se volvió velozmente, respingando, hacia el asiento de atrás, pero Boris Spokovitch, si bien no menos veloz en su giro, no pareció alterarse en lo más mínimo. Por, supuesto, lo primero que vieron fue la pistola que empuñaba Nat Cravens, y, mientras en el rostro de Mikhail aparecía un gesto duro. Spokovitch sonrió amablemente.

—Buenos días, Cravens. ¿Qué tal?

—Creo que aceptablemente bien, gracias. ¿Y usted?

—También, también… ¿Conocía ya a Mikhail?

—No.

—Lleva muy pocos días en Viena, y he procurado mantenerlo en el anonimato —volvió a sonreír—. Cosa verdaderamente difícil cuando uno tiene delante nada menos que al FBI, ¿verdad? Ah, Mikhail: te presento al señor Nathaniel Cravens, del FBI americano, claro.

—¿Qué tal? —saludó Nat.

—Hola —gruñó el ruso, en inglés tan impecable como el de su jefe Spokovitch y añadió—: ¿Qué hace usted en nuestro coche?

—Visita de cortesía.

Boris Spokovitch volvió a sonreír. No hacían falta demasiadas explicaciones, ciertamente. Allí, todos eran lobos viejos en la cacería llamada espionaje.

—He sentido mucho lo de Jeff Maxwell, Cravens —dijo con tono sincero—. Espero que esté ya fuera de todo peligro.

—¿No se le ocurre pensar que ha muerto?

—No, no… Si Maxwell hubiera muerto, ahora no estaríamos nosotros conversando amablemente, porque el humor de usted sería pésimo… Lo cual, empeoraría mucho las cosas —reflexionó unos

segundos y musitó—: ¿Ha sido la chica rubia?

—En efecto —asintió Nat—. Me sorprende que no la hayan despistado, Boris: los ha estado siguiendo durante toda la noche.

—Pues no lo ha hecho mal del todo. La verdad es que durante la noche no nos hemos dado cuenta de nada. Sólo esta mañana he empezado a fijarme en ella, en El Prater. Es nueva, claro. Vaya… —Pareció sorprenderse—, ¡no me diga que es una de las mujeres que hace poco han ingresado como agentes especiales en el FBI!

—Pues lo digo.

—Espero que les dé resultado esa recluta de mujeres… Nosotros tenemos hace tiempo mujeres en la MVD, como bien debe saber, y algunas de ellas son muy eficientes. Oh, pero sin duda, usted recuerda a Valentina Kavarian, ¿no es cierto?

—La recuerdo muy bien —sonrió Nat—, cenamos juntos un par de noches.

Mikhail iba de asombro en asombro, mirando a uno y otro espía. Pero Boris Spokovitch se echó a reír de buena gana, con lo que el desconcierto de su agente aumentó.

—¡Fue divertido mientras duró! —exclamó Spokovitch—. Al principio, realmente, pensábamos que usted no se había dado cuenta, que se había tragado el cuento de que ella era una chica alemana que se había enamorado de usted… ¿Por qué desconfiar de eso, realmente, teniendo en cuenta que usted tiene una sorprendente suerte con las mujeres? Pero en cuanto Valentina comenzó a intentar sonsacarle los detalles del caso Vazna… ¡Fue divertido eso también! —rió de nuevo.

—¿Qué pasó? —Se encontró preguntando Mikhail.

—Pues pasó que el señor Cravens, según me contó luego Valentina, le puso un billete en las manos y le dijo. «Mira, encanto, es mejor que vuelvas a Rusia y con esto te compres unos lentes para ver bien… ¿Tengo cara de idiota? Saludos a Boris»… ¿No fue algo así, Cravens?

—Más o menos —sonrió Nat; de pronto tendió la mano izquierda con la palma hacia arriba—. El microfilme, Boris; Mikhail respingó de nuevo. Boris se limitó a decir:

—Sí, ¿cómo no? Lo tengo en un bolsillo, naturalmente.

—Naturalmente —los ojos de Nat se entornaron—. Estoy seguro de que sólo va a sacar el microfilme, Boris.

—Por supuesto.

Con todo cuidado, Spokovitch apartó con dos dedos de la mano izquierda la solapa derecha de su chaqueta. Luego, siempre con exquisito cuidado y también utilizando solo dos dedos, sacó del bolsillo interior de aquel lado una pequeña cápsula de plástico, que tendió amablemente al
«g-man».

—Gracias —dijo éste, guardándose el microfilme—. Como hace tan poco que lo has comprado, sé que no hay trampa, que esta cápsula contiene lo que quiero. Lamento este quebranto económico en sus cuentas para fin de mes, Boris.

—Oh, no tiene importancia… Unas veces se gana, otras se pierde… Cosas del oficio. Además, han sido solamente quinientos mil dólares.

—Ah… «Solamente», ¿eh? Bueno, quizá en otra ocasión pueda resarcirse.

—Sin duda alguna.

—¿Hacemos un trato, Boris?

El ruso alzó las pobladas cejas, como divertido:

—Naturalmente que sí. ¿Qué trato?

—Yo voy detrás de determinada pieza, que me interesa tanto o más que este microfilme y otros que sin duda piensa vender a diversos servicios de espionaje. Estoy en la buena pista, pero temo que si los dejo marchar a ustedes, dispongan de un medio para avisarla, lo cual dificultaría las cosas para mí… El trato es éste: usted no avisa a nadie, y yo ya no le molesto más.

—¿Y si no acepto el trato?

—Posiblemente, sería huésped de algunos compañeros míos durante dos o tres días.

—No me interesa eso —reflexionó seriamente el ruso—. De ninguna manera puedo permitirme esas vacaciones, así que acepto el trato. No haré nada sobre este asunto durante un par de días.

—Magnífico. Adiós, Boris: saludos a los muchachos. Encantado de conocerle, Mikhail.

Éste soltó un gruñido, y, en cuanto Nat, guardándose la pistola, salió, del coche, llevó su mano derecha bajo la chaqueta… Boris Spokovitch le agarró rápidamente la mano, inmovilizándola.

—No seas estúpido —gruñó secamente.

—Pero es que podemos…

Spokovitch señaló con la barbilla hacia detrás de ellos, y Mikhail vio entonces, por el cristal zaguero, un coche detenido a muy poca distancia. No le hacían falta unos lentes, como a Valentina Kavarian para distinguir, dentro del coche, a cuatro hombres. Se pasó la lengua por los labios y quedó sumido en un sombrío silencio hasta que musitó:

—En Moscú no va a gustar esto, Boris.

—Ya lo sé. Pero una cosa es lo que guste en Moscú y otra cosa muy diferente lo que nos guste a nosotros. ¿Te gustaría enfrentarte ahora, a pistola, a cinco agentes del FBI de los destinados en el extranjero, es decir, de los que, generalmente, están más preparados para contingencias de esta clase? Vámonos.

—¿A casa?

—Al aeropuerto, como te dije antes.

—Pero si ya no tenemos el microfilme…

—Sin embargo, no vamos a tener esperando toda la vida al compañero que esta madrugada nos ha traído los quinientos mil dólares vía Berlín. Iremos allá, le diremos que tome su avión, y que regrese a Moscú: es lo más sensato… Interesante palabra: sensatez. ¿No estás de acuerdo?

—No mucho —gruñó Mikhail.

Pero, afortunadamente, el veterano Boris Spokovitch sabía siempre muy bien lo que convenía hacer.

Casi quince años, de espionaje enseñan mucho. Por lo menos, a comprender cuándo se ha perdido una partida irremisiblemente.

* * *

—Está que echa fuego —dijo Cravens, utilizando la radio del coche—, pero, naturalmente, ha comprendido que tenía qué aceptar.

—Muy bien —sonó la voz de Keller dentro del coche—. Nos vamos a ocupar de seguirlo durante un par de horas para asegurarnos de que no intenta interferir en tus movimientos, Nat.

—No lo hará. Los ha visto a ustedes en el coche, señor, y tiene que haber comprendido. Voy a pasar ahora con mi coche cerca de usted, y le entregaré el microfilme por la ventanilla.

—Okay.

El agente del FBI puso el coche en marcha, entró en El Prater, llegó junto al coche de Arthur Keller y los otros tres «g-men», y por la ventanilla le entregó la cápsula, justo cuando el coche de los rusos pasaba a menos de veinte yardas.

—Deben ir al aeropuerto a avisar al receptor —sonrió el «g-man» —. Pero no me lo pierdan de vista.

—Vale.

Nat saludó con la mano y reanudó su camino, sacando la radio del bolsillo.

—¿Nena?

—Sí, Nat. Oye, ese ruso es verdaderamente simpático y educado, ¿verdad?

—Vaya… Olvidé cerrar la radio cuando…

—¿De verdad una espía rusa llamada Valentina intentó engañarte?

—De verdad. ¡Era muy guapa!… pero no le di tiempo ni a que me pidiese que la ayudase a abrocharse el sujetador. A propósito: ¿cómo está el tuyo?

—Bien —se oyó la risa de N. H. Flowers—. Pero puede volver a estropearse en cualquier momento.

—Llamaremos a un mecánico si tal percance sucede. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Según pienso, estamos ahora en Lechefenderst…

—Mujer, Lechefenderst, no: Lechenfenderstrasse, será… Sí, entiendo. Seguramente, os dirigís hacia el puente con la Thaliastrasse; desde ahí, subiréis hacia, la Neuler Chenfender, y tomaréis el trébol para subir por Hernarsel Gürfel… Y esto me lleva a una conclusión: ¿te apuestas algo a que dentro de poco estamos fuera de Viena?

—Me apuesto un beso.

—¡Bah! De eso tengo siempre todos los que quiero…

—Pero no míos.

—Sólo tendría que chascar dos dedos. ¿Van diez dólares?

—Eres un grosero… Van diez dólares.

* * *

—¿Nat?

—Dime, nena.

—Te debo diez dólares, según parece. Ya hemos dejado atrás una localidad llamada Stockerau, y seguimos por la carretera E 84, si no me equivoco.

—No te equivocas. Sigue dándome indicaciones a cada cambio de ruta. Y por lo que más quieras; ¡no los pierdas de vista! Tengo unos deseos terribles de presentarle mis respetos a esa dama llamada Renata.

—¿Cómo puedes estar seguro de que van a reunirse con ella?

—Ya lo verás… A menos que sean unos chicos listos que quieran darse el vuelo con quinientos mil dólares… Cosa que dudo, ya que esa mujer parece haber organizado bien su grupito de espías privados. Ah, una cosa: nada de matarlos a menos que se trate de defender tu vida: tengo un recado para ellos de parte de Jeff.

—Entiendo. Seguiré informándote.

* * *

—¿Nat?

—Hola.

—Han dejado la carretera. Van ahora por un camino de tierra, hacia la derecha. Creo que falta muy poco para llegar a una localidad llamada Znojmo. Veo una casa al final del camino. Puede ser una granja.

—Supongo que no es un club nocturno.

—El coche está frenando… Sí, se detienen delante de la granja. Hay otro coche allí, pero no veo a nadie. Unos árboles no me permiten ver bien…

—Pues, hijita, sal del coche y acércate. Con el debido cuidado, naturalmente.

—Está bien.

Cravens encendió un cigarrillo, después de parar el coche a un lado de la carretera, y se quedó pensativo, fruncido el ceño. Hasta el momento, todo, estaba funcionando bien, pero si aquellos tipos se daban cuenta de que Flowers los estaba siguiendo…

—Nat.

—¿Qué hay?

—Eran dos chinos. Estaban dentro de la granja. Los dos que

hirieron a Jeff han entrado, y casi en seguida han salido los cuatro. Ellos llevan otro portafolios, y supongo que los dos chinos han recibido a cambio una copia del microfilme.

—Esa maldita Renata va a sembrar el mundo de microfilmes con todos los proyectos de espionaje especial de Estados Unidos… Está bien, quítate de en medio. ¿Cómo es el coche de los chinos?

—De color claro. Pequeño. Uno de esos «Volkswagen» que parecen escarabajos.

—Todavía no he visto un escarabajo de color claro. Está bien, tú sigue con nuestros «amigos».

—¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a charlar con los chinos.

—¿También eres amigo de ellos, como de Spokovitch?

—Pues te diré: a pesar de que nuestro mister Nixon estuvo tomando el té en Pekín, a mí, los chinos, siempre me han caído gordos.

Cerró la radio, puso en marcha el coche, y lo metió entre los árboles. Efectivamente, apenas dos minutos más tarde, el pequeño «Volkswagen» de color crema pasaba, raudo, de regreso a Viena. Muy brevemente, Nat Cravens vislumbró los impasibles rostros de dos chinos en el asiento delantero. Salió de entre los árboles y partió tras ellos.

El día, que tan sorprendente había amanecido radiante de sol, comenzó a nublarse a toda prisa. Dos minutos después, comenzaba a llover, cada vez más intensamente. Por delante de él, en el «Volkswagen» fueron encendidas las luces de posición. Cravens hizo lo mismo, y su mirada quedó fija en las luces rojas traseras del vehículo que le precedía. La idea de parar a los chinos pasó por su mente, desde luego, utilizando cualquier truco. Pero, dos espías que acaban de comprar un microfilme por quinientos mil dólares como mínimo, no se dejarían engañar fácilmente: en cuanto intentase cualquiera de los viejos trucos, lo acribillarían a balazos… No. Lo mejor era seguirlos apaciblemente, ver adonde iban y allá…

De pronto, Nat Cravens soltó un gruñido de disgusto. Acababa de salir de una curva, y, contra lo que esperaba, no vio delante suyo el coche de los dos chinos. Puso las luces largas, pero ni así consiguió distinguir el pequeño «Volkswagen»: había desaparecido de la carretera.

—Por todos los demonios… ¿Qué ha pasado? —Gruñó.

Lo supo muy pronto. Detrás de él, bruscamente, aparecieron las luces largas de otro coche, reflejándose en el retrovisor, cegándole momentáneamente y ocasionándole tal respingo que estuvo a punto de perder el control del coche, cuyos neumáticos rechinaron en la mojada carretera. Lo enderezó con furioso gesto, y las luces largas del coche de atrás volvieron a reflejarse en el retrovisor. De un manotazo, cambió la posición del espejo, colocando el antirreflectante. Entonces, detrás de él vio, como a través de un cristal oscuro, dos puntos de luz apuntando hacia el asfalto.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del agente del FBI; los chinos se habían dado cuenta de que los seguía, se habían escondido a un lado de la carretera, y tras dejarlo pasar, eran ellos los que llevaban la ventaja de posición, pues tenían que mirar adelante, y él hacia atrás. Una buena solución, dado que su coche era mucho más potente que el «Volkswagen», era dejarlos atrás; jamás podrían alcanzarlo. Pero eso entrañaba dos riesgos a cual peor. Uno de ellos, que si daba toda la velocidad a su coche, podía matarse estrellándose contra un árbol, simplemente. El otro, que tampoco le gustaba en absoluto, era que si él dejaba atrás a los chinos, lo más probable era que jamás los volviera a ver, en cuyo caso, aquella copia del microfilme que habían comprado, llegaría muy pronto a Pekín…

Lanzó un grito cuando, de pronto, el cristal de atrás reventó; fue igual que un estallido de burbujas brillantes, y los miles de diminutos fragmentos de cristal cayeron sobre él, algunos golpeándole fuertemente en la nuca, como aguijones. Volvió la cabeza un instante, justo en el momento en que por un lado del otro coche se veía el resplandor de otro disparo. La bala dio en la carrocería, haciéndola retemblar. Cravens comenzó a mover el volante a derecha e izquierda, suavemente, describiendo así una línea ondulada que dificultaría los disparos del chino que no conducía…

—¡Hijo de… del Celeste Imperio! —aulló el «g-man» cuando otra bala, entrando por atrás, hizo papilla el cristal parabrisas.

Pero casi no pudo terminar la frase, porque una tromba de agua

helada lo atragantó, inundó prácticamente el coche en menos de un segundo, golpeándole con fuerza. Quedó cegado, agarrotado ante el volante, crispadas las manos, sin ver nada por delante, pese a que había encendido las luces largas. Estaba perdido. No podía hacer nada.

Sólo podía hacer una cosa y la hizo.

Metió el pie en el freno, con toda su fuerza, y el coche, en lugar de rodar, comenzó a resbalar sobre el agua, yendo de un lado a otro. Sin embargo, el frenazo fue tan fuerte, tan brusco, que consiguió su objetivo en menos de treinta yardas. Metió la mano en busca de la pistola, se dispuso a saltar del coche… Y en aquel momento, el «Volkswagen» llegaba, también frenando, pero no lo suficiente.

La colisión fue inevitable.

Nat Cravens salió disparado hacia el asiento de atrás, quedó hecho un retorcido ovillo en el fondo del piso, consiguió alzar las piernas, se agarró al respaldo del asiento delantero y saltó del coche, rodando por el suelo hacia la cuneta. Cuando llegó allí, ya tenía, por fin, la pistola en la mano, y se volvía hacia los dos coches.

Vio perfectamente a los dos chinos, apeándose, ambos pistola en mano, gritando algo. Seguramente querían rematarlo… Alzó la pistola.

¡*Pack*!

El chino que estaba al lado de la cuneta lanzó un chillido, alzó los brazos, soltando la pistola, y chocó de espaldas contra el coche, cayendo de bruces.

El otro también gritó, comprendiendo que su perseguido todavía era peligroso, y quiso agacharse detrás del coche… Pero para entonces, con una velocidad digna de su profesión, el
«g-man»
había vuelto a disparar, desviando, rápidamente la dirección de su pistola.

Como en un extraño juego de luces, en un espectáculo escalofriante, vio reventar la cabeza del chino, que desapareció simultáneamente al otro lado del coche.

Sin la menor duda de que lo había matado, Nat Cravens salió de la cuneta, chorreando, y rodeó ambos coches… Se estremeció al ver

cómo había quedado el chino, pero, sobreponiéndose, lo asió de un pie, y lo arrastró hacia la cuneta. Llovía con tal intensidad en aquellos momentos qué era imposible ver a más de treinta o cuarenta pasos, bajo el negro cielo helado. Arrastró también al otro, lo tiró encima del primero, y luego fue a despegar los coches. Finalmente, pudo colocar el suyo con la mitad dentro de la cuneta, ocultando los dos cadáveres, y lo dejó con las luces de posición encendidas: no había por qué provocar un accidente.

Luego, examinó el «Volkswagen», que tenía la parte delantera hundida, frenando las ruedas. Lo asió por el borde de la carrocería, y comenzó a tirar, con toda su fuerza. Se oyó un crujido, y las ruedas quedaron libres para dar la vuelta. Segundos después rodaba de nuevo hacia el Norte aterido de frío.

Y tan sólo un par de millas más arriba, oyó el estampido de una de las ruedas, el coche se inclinó hacia delante y a la derecha, y se metió bruscamente en la cuneta. Tan bruscamente, que Cravens rebotó de cabeza contra el parabrisas. Y al mismo tiempo que comprendía que una de las ruedas había sido cortada por la chapa metálica y, que por fin había reventado, otra revelación, mucho más aterradora, le vino a la mente: había olvidado registrar a los dos chinos en busca del microfilme que habían comprado.

—Estupendo —farfulló—. Estupendo.

Y justo cuando se disponía a apearse, sonaba la llamada en su radio de bolsillo.

CAPÍTULO VII

Nathalie Hortense Flowers vio el coche metido en la cuneta, con el cristal trasero, y abollado todo el maletero. Entonces hizo señales con las luces y en seguida, mientras reducía la marcha, lo vio aparecer, alzando un brazo.

Segundos después, detenía el coche junto a Nat Cravens, que se sentó a su lado, cerrando la portezuela como si quisiera hacerla pedazos.

—¿Has encontrado el microfilme? —preguntó ella.

—Sí.

—Menos mal. Estás un poco mojado, ¿verdad?

—He dado un paseo bajo la lluvia, un par de millas.

—Sí, ya he visto el otro coche más arriba… Me vas a poner el coche perdido.

Nat la miró de reojo, farfulló algo, y, mientras ella maniobraba para volver de nuevo hacia el Norte, él buscó en vano cigarrillos en sus bolsillos. La mano derecha de Flowers apareció ante él, sosteniendo su bolsito, balanceándolo. Sin dejar de refunfuñar, Nat se lo arrebató rudamente. Encontró dentro de los cigarrillos, encendió dos, y puso uno entre los labios de la «g-woman».

—¿Estás segura? —preguntó.

—Segurísima. Ellos fueron hacia el Norte, pero apenas tres millas. Entonces, tomaron una carretera local, muy estrecha, y casi en seguida apareció la perrera.

—¡Una perrera…! ¿Y qué hay allí?

Flowers le dirigió una breve y apacible mirada.

—Perros —dijo.

El

«g-man»

se atragantó con el humo del cigarrillo.

—¡Oye, graciosa…!

—Vamos Nat, cálmate. Recuerda la regla número uno: cuándo se trabaja con un novato, hay que dar siempre la sensación de tranquilidad, de seguridad, de aplomo… De lo contrario, todo puede empezar a salir mal y acabar pésimamente. ¿Okay?

—Al demonio.

—¿Sabes? Estás muy bien así, despeinado: el cabello te oculta la verruga.

—¿Qué pasa con mi verruga?

—Es fea… ¿No?

—Hay cosas más feas que una verruga.

—Sin duda alguna. Pero si yo tuviese una verruga, ya me la habría hecho quitar. Precisamente en Austria, y no digamos en Suiza; aquí al lado, hay cirujanos estéticos de gran fama.

—Me gusta mi verruga. Conque… perros, ¿eh?

—Perros. Muchos perros, a juzgar por la cantidad de ladridos que oí. Debe estar todo lleno de jaulas. Ya verás como la señora Renata van Vollz nos sale conque es veterinaria, o algo así. O guardadora de perros… Ya sabes: hay gente que se va de viaje, y deja sus perros en lugares así, donde los cuidan bien durante su ausencia. Yo, una vez, en Atlantic City, dejé mi perro…

—¡Lo que faltaba! ¡No me digas que eres de Atlantic City!

—¿Tiene algo de malo?

—Y ahora resultará que eres una asquerosa millonaria… ¡Si no podía fallar! La niña rica se aburre, se dedica a aprender esa tontería de aikido, a montar a caballo, aprende a disparar con pistola por puro deporte, sabe nadar, bucear, bailar, cantar, algo de español o de francés, quizá alemán… No falla. Naturalmente, también ha ido a la Universidad, así que tiene una cultura tremenda, o al menos así lo cree ella. Por supuesto, sabe conducir coches, lanchas, yates, aviones, helicópteros…

—También sé ir en bicicleta —sonrió Flowers.

—Y patinar, esquiar, remar… ¿A que sí?

—Estás haciendo mi retrato perfecto. Sigue.

—¿Sabes cocinar?

—Estupendamente.

—Pues, hija, eres todo un caso… ¿Qué más viste por la perrera?

—Hombres.

—Insólito acontecimiento.

—Cuatro como mínimo. Además de los que nos interesaban a nosotros, claro.

—¿Y qué hacían?

—Estaban esperando que dejase de llover para seguir atendiendo a los perros.

—Pues van a tener el día libre… ¿Se puede entrar allí con facilidad, o hay que hacer de hombre-mosca?

—No hay nada más fácil que entrar allí.

Nat asintió con la cabeza, comprendiendo.

—¿Y salir?

—Eso depende de lo que hagas allí dentro. A lo peor, los seis hombres como mínimo que hay allí deciden dificultarte la salida… ¿Puedo sugerirte algo, gran jefe?

—¿Algún menú para la cena?

—Creo que deberíamos detenernos en el pueblo más cercano, y desde allí, llamar al inspector Keller, para que venga con algunos compañeros.

—¡Qué buena idea! —exclamó Cravens—. Sí, señorita, es una idea excelente: llamamos al jefe, y él se viene para acá con unos cuantos compañeros. Entonces, atacamos la perrera, empezamos a tiros con todo el mundo, incluidos los perros, que dicho sea de paso me caen muy bien, y se arma el gran barullo. Con un poco de suerte, después de que nos hayan herido a dos o tres de los nuestros, incluso matado a alguno, ganamos la batalla. Empezamos a apartar cadáveres, mientras les vamos preguntando: «Oiga, amigo: ¿sabe usted si la señora Renata ha vendido otros microfilmes a otros servicios secretos? ¿O quizá sabe usted dónde guarda el original que recibió procedente de Estados Unidos, enviado por Karl Riesler? ¿O quizá puede decirnos dónde está esa señora, que no la hemos encontrado en la casa? ¿O sabría usted si en Estados Unidos quedan más tipos como Karl Riesler, que forman parte de esta organizacioncita y que están dispuestos a comprar más secretos para venderlos a los rusos y a los chinos entre otros…?». Cosas así. Y claro, también podríamos preguntarles si los perros muerden.

—Vaya rapapolvo —refunfuñó Flowers…—. No había para tanto, me parece a mí. Con decir que la idea no te gustaba…

—Me gusta en parte. Esa perrera…, ¿está en Znojmo…?

—En las afueras, hacia el Norte.

—Claro: en las afueras. Bueno, para en la calle principal de Znojmo. Delante de una sastrería, si es posible.

—¿Piensas hacerte un traje?

—Algo así.

—Procura que sea más elegante que éste. La verdad, no eres precisamente un modelo de creaciones masculinas, Nat. Y sólo te faltaba estar hecho una sopa para empeorar las cosas.

—Escucha, nena, mis trajes están muy bien cortados, y, en cuanto a mi aspecto, cualquiera estaría peor que yo después de lo que me ha pasado, ¿no crees?

—Peor que tú no es posible… ¡Pero si pareces un cuervo desplumado!

Nat Cravens frunció el ceño.

—Frena. Yo conduciré a partir de ahora: conozco bien Znojmo, y nos ahorraremos tonterías.

—Eres el que todo lo sabe. A la orden, gran jefe Cuervo Mojado.

Frenó, salió rápidamente del coche, y lo rodeó por delante. Junto ante el morro del coche, parecía que iba a cruzarse con Cravens, pero, de pronto, éste la tomó en brazos, y la dejó caer en el río de agua turbia. Nathalie Hortense Flowers lanzó un aullido cuando cayó tan duramente, se deslizó hacia atrás, cayó finalmente de espaldas, y su cabeza se hundió en el agua… Cuando, manoteando, consiguió quedar de rodillas, completamente empapada y con los cabellos tan deliciosamente peinados poco antes pegados, ahora a la cabeza, sus ojos se volvieron, echando llamas hacia Nat Cravens, que, contemplándola de pie junto a la cuneta, movió los dos brazos, doblados, como sí pretendiera echarse a volar.

—¡Graaacccc… graccc…! —graznó—. ¡Gran Jefe Cuervo Mojado escarmentar a descarada mujer india!

—¡Estúpido! ¡Salvaje!

—¡Hao! —saludó Nat, alzando el brazo.

* * *

—Hola, señor… Sí, en Znojmo. Hotel Pfalzer. Estoy con mi esposa en una *suite*.

—¿Con quién? —Se oyó claramente la exclamación de Arthur Keller por el auricular.

—Con mi esposa, con mi amada Nathalie.

Ahora ya no se oyó la voz de Keller.

—Pues vera, señor, tuvimos un pequeño contratiempo con el coche, y nos quedamos como dos bizcochos en té al cambiar una rueda. Así que al llegar a Znojmo, hemos buscado un hotel, hemos comprado algo de ropa, y en cuanto nos hayamos adecentado un poco seguiremos ocupándonos de ese asunto de las comisiones…

—¿…?

—Oh, no… Todo bien, por ahora. Además, hemos localizado al cliente que buscábamos, desde luego. Pero, señor, si me permite Una sugerencia, le diré que hay tantas posibilidades en Znojmo, que sería conveniente que viniese usted con unos cuantos empleados más de la firma: hay mucho campo por recorrer, señor.

—…

—Sí, espléndido, espléndido.

—¿…?

—Da lo mismo. Al llegar, puede usted llamarme por teléfono al hotel, o por cualquier otro medio que se le ocurra… ¿Comprende? Yo siempre recibiré su llamada, si está lo bastante cerca.

—…

—Ajá, eso es. Otra cosa, señor: al pasar, vimos en la carretera el coche de un amigo, que ha tenido una avería. Ha dejado allí el coche, con las luces encendidas. Convendría que usted lo retirase para evitar complicaciones…, quiero decir, accidentes, aunque vimos las luces encendidas. Por cierto, que en ese coche hay dos paquetes de mercancía que debería ser retirada, no sea que la lluvia la estropee… Mercancía amarilla, señor, usted entiende.

—…

—Estupendo. Pues, con su permiso, señor, voy a ver si me ducho: estoy aterido y lleno de barro.

—¿…?

—Sí, de barro… Tanto mi esposa como, yo tuvimos la mala suerte de caer en una cuneta… ¿Qué?

—¿…?

—¿Ella? Se está duchando ya, con agua caliente, claro… Voy a ver si necesita ayuda para enjabonarse. ¿A qué hora calcula qué

llegarán usted y los demás empleados, señor?

—...

—Está bien. ¿Cómo dice?

—¡...!

—Ah, sí. Sí, señor, ha oído bien: ayudarla a enjabonarse. Hasta luego, señor.

Colgó el teléfono, dio un paso..., y la toalla que llevaba rodeando su cintura le cayó a los pies. Respingó, la cogió rápidamente, y volvió a colocársela. Luego fue a donde Flowers había dejado su bolso, sacó los cigarrillos, encendió dos, y se metió tranquilamente en el cuarto de baño.

Nathalie Hortense, que estaba de espuma de jabón hasta el cuello, lo miró sin aspaviento de ninguna clase, vio en cada extremo de la boca de su compañero un cigarrillo, y sonrió.

—A eso le llamo yo llenarse los pulmones de porquería... Supongo que uno es para mí:

Sacó un bracito de la espuma, pero se quedó con él en el aire, como petrificada, cuando Nat, acercando el blanco taburete a la bañera, se sentó a su lado, y dijo:

—No, los dos son para mí. Es que tenía muchas ganas de fumar, ¿sabes?

—Bueno —el bracito desapareció bajo la espuma...—: ¿Van a venir?

—¿Quiénes?

—El jefe y algunos compañeros, hombre, Nat.

—Ah. Pues no... No van a poder venir: tenían un compromiso previo.

N. H. Flowers volvió a quedar estupefacta.

—¿Un compromiso previo? ¿Cuál? Muy importante tiene que ser para no poder dejarlo... Quizá incluso sean ellos los que necesiten ayuda, en ese caso, y entonces...

—Se bastarán solos.

—Pero... ¿qué compromiso tan grave es ése?

—Una partida de bolos. Es que entre los muchachos del grupo de Viena hacemos un campeonato mensual, ¿sabes?

La «g-woman» se echó a reír. Como premio, el
«g-man»
le tendió uno de los cigarrillos, que ella se apresuró a colocar entre

sus labios, todavía riendo.

—A pesar de todo, eres un chico amable —admitió—. Un poco brusco, pero se puede tratar contigo.

—En ese caso, déjame sitio en la bañera, encanto: yo también tengo barrillo por todas partes. Y me parece que ya está bien de darte jabón… Parece que vayas a una fiesta, y me temo que va a ser todo lo contrario.

—Ah, ¿quieres bañarte?

—No, solamente nadar un poco —gruñó Nat—. ¿Te gustan los perros?

—Me encantan. Ya te dije que una vez tuve uno.

—Estupendo. Te diré lo que vamos a hacer cuando lleguemos a esa perrera… Tú te quedarás fuera de la casa, y vigilarás que no haya por allí perros propiedad de la casa… ¿Comprendes?

—Quieres decir perros que no sean de clientes de la perrera, o sea, perros de la propia perrera, que a lo peor, están entrenados para dar disgustos a quienes entren allí sin permiso.

—Exactamente. Supongo que todos esos posibles perros, estarán en sus jaulas, y, la verdad, no me gustaría que me atacasen media docena de pastores alemanes, o doberman… ¿Captas la idea? Te colocarás en un sitio estratégico, bien escondida, y si alguno de esos tipos intenta abrirles las jaulas, le pegas un tiro, para que tenga con qué entretenerse en lugar de abrir la jaula… ¿Me captas?

—Te capto. Y de paso que me dedico a tan conveniente labor, me mantienes alejada del verdadero peligro… ¿No es eso?

—Más o menos —refunfuñó el
«g-man».

—Bueno, pues ni hablar. Si hay peligro…

—Si hay peligro, tú harás lo qué yo te diga.

—¿Y por qué motivo?

—Por muchos motivos.

—Dame uno solo.

Nat quedó pensativo unos segundos, antes de decir:

—A ver si te basta éste: porque si no haces lo que yo te digo, te daré una paliza que estarás tres semanas en un hospital. Un poco maltrecha, pero viva.

—Es un buen motivo. Si me haces el favor de volverte de espaldas, me…

—Pero… ¿qué compromiso tan grave es ése? Cigarrillo, por favor.

Nat volvió a colocarse los dos cigarrillos en la boca, e hizo girar el taburete…, y se quedó mirando por el espejo del cuarto de baño cómo Nathalie Hortense Flowers se duchaba con agua fría, limpiando de espuma de jabón todo su cuerpo.

—Para ser una practicante de aikido, no se te notan j mucho los músculos, nena —comentó.

Ella se volvió, se dio cuenta de la línea visual entre la posición de él; el espejo y ella misma, y replicó:

—Y tú, para ser del FBI, tienes la cara más dura que una moneda.

—Más o menos, pero nunca me va mal.

—Como ya no tiene remedio, dame la toalla.

El se puso en pie, y se la tendió.

—Si quieres, te ayudo a secarte.

—Con dos manos tengo suficiente. Nat, dime la, verdad. ¿Cómo has pensado enfocar el asunto?

—Pues ya te lo he dicho… Podemos empezar por ayudarte a secarte. Luego…

—Me refiero a entrar en la perrera.

—Todavía no sé.

Nathalie salió de la bañera, se volvió de espaldas a él, él se quitó la toalla, y se metió en el agua jabonosa.

—Sí que lo sabes —se volvió ella—. Y supongo que has comprendido que tienes que hacerlo directamente y rápidamente, ya que es el único medio de impedir cualquier jugada que esa mujer tenga preparada en previsión de algo así. Tú mismo lo dijiste antes: no hay que darle tiempo a nada. Así que irás allá, entrarás… Y ellos te conocen, recuérdalo. Por lo tanto, será inevitable la pelea a disparos entre ellos y nosotros…, cosa que tú querías evitar, si no recuerdo mal.

—¿Y por qué motivo? ¡Vaya una porquería de tabaco!

La agente del FBI, Flowers se inclinó, retiró los dos cigarrillos empapados en agua, y los tiró al inodoro.

—A ver si te basta éste: porque si no haces lo que yo te digo, ni te escucharé.

—Nena, hay cosas que son indiscutibles. Por ejemplo, a la hora

de pegar bofetadas y apretar el gatillo, no creo que tengas nada que hacer a mi lado, pues me basto sólito… Pero, si te han dado una credencial como la mía en Washington, supongo que será por algo concreto. A lo mejor, hasta sabes pensar… Y a mí me encanta conversar con la gente que sabe pensar.

—Te iré a buscar a la pitillera otro cigarrillo —sonrió ella.

Salió del cuarto de baño. Nat se puso rápidamente en pie, se duchó, se envolvió de nuevo con la toalla, y salió al dormitorio, chorreando.

—¿Arreglaste ya los sujetadores? —preguntó.

—Sí. Además, éstos son nuevos.

—Espero que sean de tu medida. Y hablando de medidas: con los tacones altos me pareció que eras de la mía pero ahora te veo más bajita. Eso quiere decir que un ataúd para ti nos saldría más barato.

Ella se acercó con la toalla sujeta bajo los sobacos.

—Yo diría que soy lo bastante alta para ti.

—No sé, no sé… La verdad, me fastidiaría atrapar un dolor de riñones cada vez que te besase. Además, eso de inclinar demasiado la testa no se ha hecho para mí, por ahora.

—Insisto en que mi estatura es la adecuada.

—Probemos a ver…

La tomó en brazos, la besó en la boca, y se estuvieron así como un par de siglos. Por fin, Nat la apartó, la dejó allí todavía con los ojos cerrados y tambaleante, y fue a sentarse en el borde de la cama. Cuando ella abrió los ojos, él había encendido otros dos cigarrillos. Fue a sentarse a su lado, y dijo:

—Pues, a mí, en el FBI, no me enseñaron a besar.

—Ya me di cuenta, nena. Bien: ¿cuál es la idea?

—Podríamos casarnos.

—Seguro: cuando lo hagan la Luna y el Sol.

—Recordaré tu promesa de matrimonio. Ahora, escucha mi idea —ella señaló hacia la mesita dónde estaba el teléfono y la guía—: Yo podría encontrar ahí cierto número de teléfono, y tú, por poco listo que seas, podrías llamar y…

* * *

El teléfono sonó cuando Renata van Vollz había terminado de cerrar la caja fuerte, y se había vuelto hacia los dos hombres,

sonriendo, diciendo:

—El primer millón de dólares… Mañana seguiremos vendiendo copias.

—¿A quiénes, esta vez?

—A los alemanes. Ellos…

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Ella se sentó ante su modesta mesa de despacho, y descolgó el auricular, con un gestó delicioso, que, como siempre, fascinó a Walter Dower y a Willy Kraus. Realmente, la doctora veterinaria Renata van Vollz era el tipo de señora capaz de dejar con la boca abierta a cualquier hombre, por muy exigente que fuese. Era alta, elegante, de líneas rotundas y agresivas en su provocativa abundancia, pero en fino. Tenía los ojos verdes, los cabellos rojos, la boca grande y sensual, y, aunque llevase una bata blanca normal y corriente, resultaba sencillamente sensacional. Todo eso, con treinta años más bien escasos, la convertían en una especie de monumento a la belleza de la mujer.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí… Aquí es, sí.

—…

La doctora veterinaria palideció intensamente, y su verde mirada se dirigió, como un relámpago, hacia Dower y Kraus.

—¿Riesler? —susurró—. ¿Dónde estás?

Al oír este apellido, los dos asesinos se pusieron en pie de un salto, no menos pálidos que ella, y se quedaron mirando el auricular con los ojos desorbitados.

—…

—Sí, sí, entiendo… Tranquilízate. Comprendes tu situación… No te muevas de ahí.

—…

—Pierde cuidado. Hasta ahora.

Colgó el auricular, y su mirada, todavía fija en Kraus y Dower, pareció congelarse.

—Enhorabuena —dijo gélidamente.

—¡No puede ser Riesler! —exclamó Kraus—. ¡Le aseguro que lo matamos!

—Segurísimo —ratificó Dower…—. Le metimos cuatro o cinco

balas en el pecho, así que…

—Estoy convencida de ello —asintió Renata van Vollz…—. ¿Queréis que os diga una de las cosas que Karl Riesler compró en Estados Unidos como recuerdo? Me lo acaba de decir él.

—¿Qué compró?

—Un chaleco de fibra de titanio, contra balas. Me ha dicho que fueron unos tipos a su apartamento, y que le dispararon. No los conocía… Lo único que recuerda es que cuando despertó, estaba lleno de sangre, pero por fortuna eran heridas más bien superficiales… Ahora está en Znojmo, y me ha llamado desde ahí. Desde luego, no está en muy buenas condiciones, porque jadea, su voz es ronca…

—No puede ser Riesler —insistió Kraus.

Los tres se quedaron mirándose, cada vez más alarmados. No eran tontos. Por fin, Renata musitó:

—Si no era Riesler…, ¿quién era?

Los dos espías asesinos cambiaron una mirada.

—Eso es imposible saberlo…, pero nosotros tuvimos un choque con el FBI. Uno de ellos mató a Wilhem. Los otros salieron detrás nuestro, pero estoy seguro de que los burlamos por los tejados… Si hubiesen sabido dónde encontrarnos, no habrían esperado hasta hoy: habrían venido ayer mismo.

—Puede que sea Riesler —vaciló Dower.

—¿En qué quedamos? —Se irritó la Van Vollz—. ¿Estáis o no estáis seguros de que lo matasteis?

—Creemos que sí, pero si llevaba ese chaleco… Yo diría que sí murió. Pero no comprendo cómo el FBI ha podido encontrar este lugar. Sabemos que Christian y Otto murieron, y también Wilhem, pues le vimos con la cabeza reventada, así que ninguno de los tres ha podido decirles a los del FBI cómo encontrarnos… Además, hoy hemos realizado las ventas con toda tranquilidad, sin el menor contratiempo… Si alguno de ellos hubiese vivido lo suficiente para hablar, ya nos habríamos enfrentado con el FBI.

—Entonces, puede ser Riesler, ¿no?

Kraus y Dower volvieron a mirarse. Estaban seguros de que sus disparos habían sido certeros, pero…

—Bueno… No encontrarnos otra explicación, Renata.

—¿Os pudo ver bien?

—Claro.

Renata van Vollz estuvo pensando durante casi medio minuto. Por fin, asintió con la cabeza.

—Está esperando delante de una cervecería llamada Der Platz, dentro de un coche, en la Gaderstrasse, en Znojmo. Arreglároslas como podáis, pero quiero que lo quitéis de enmedio de una vez. Ya no se puede hacer otra cosa. Y que sea pronto. Espero vuestra llamada para dentro de diez minutos, desde cualquier teléfono de Znojmo. Si es él, primero me lo decís, para que yo quede tranquila… Y vosotros hacéis lo mismo. ¿Está claro?

Los dos hombres, asintieron con la cabeza, y, sin más, abandonaron el despacho. Renata van Vollz permaneció unos segundos inmóvil, todavía con los bellos ojos como congelados. De pronto, se pasó la lengua por los labios, y susurró:

—Malditos estúpidos… —Fue al teléfono, lo descolgó, marcó un número—. ¿Franz? Soy yo, ven a buscarme inmediatamente. Tienes que estar aquí cuanto antes.

—¿…?

—Sí, desde luego: con el helicóptero.

Colgó, fue hacia la caja fuerte empotrada en la pared, la abrió, y comenzó a sacar papeles, dinero, una libreta pequeña, los dos portafolios con medio millón de dólares cada uno… En un par de minutos, tuvo apilado ante la mesa todo lo que pensaba llevarse. De un armarito sacó un gran portafolios, lo colocó abierto sobre la mesa, y fue metiendo dentro todos los papeles, su dinero, y el millón de dólares, en prietos fajos…

CAPÍTULO VIII

Renata van Vollz alzó vivamente la cabeza, clavando la mirada en la puerta. En seguida, abrió, uno de los cajones de su escritorio, y metió la mano dentro, empuñando la pistola con silenciador.

—¿Quién es?

—Soy Gunther, doctora —oyó la voz de uno de sus hombres del exterior—: tiene una visita.

—Adelante.

Mientras la puerta se abría, Renata van Vollz apretó con fuerza la pistola. Apareció Gunther, y, detrás de él, un hombre alto, atlético, con una cicatriz en un lado de la cara y una verruga sobre una ceja. Sonreía como podría hacerlo un gorila enamorado.

—Dice que es un colega de usted, que viene de Berlín expresamente a verla.

El hombre de la verruga pegó un soberbio taconazo, y efectuó una muy enérgica inclinación de cabeza.

—Doctor Frederik von Mayerling —se presentó—. He llegado esta misma tarde a Viena, y no he podido esperar más para conocerla.

La mano de Renata van Vollz se crispó en la pistola, pero su rostro no mostró ninguna tensión. A toda velocidad, estaba comprendiendo perfectamente la situación, pero sabía que si disparaba ahora, Gunther se alarmaría, y alarmaría a los demás. Con ello, sólo conseguiría que la alarma se extendiese por la perrera, lo cual daría lugar a que todos sus hombres quisieran escapar. Y si el FBI notaba la agitación en la perrera, atacarían todos, con lo que ella se encontraría en serias dificultades. Ya no podría escapar del cerco ni siquiera por sorpresa, con el helicóptero… Porque, claro, el sujeto de la verruga, si era del FBI,

no habría ido sólo allí…

—Me parece que nos conocemos, ¿verdad, doctor? —preguntó amablemente.

—Pues no… Pero pronto tendré ese placer. Sólo que antes de entrar en materia sobre el objeto de mi visita, permítame que solucione un pequeño problema…

Cerró la puerta de un taconazo, tocó en un hombro a Gunther, con lo que éste se encaró a él, y entonces le disparó en plena boca del estómago el puño y se apresuró a enderezarlo, colocándolo de tal modo, que quedó entre él y Renata van Vollz, colgando ahora como muerto del brazo izquierdo del
«g-man»,
que le rodeaba el cuello.

Mientras duró tan velocísima acción, Renata van Vollz había sacado su pistola, naturalmente, pero, casi al mismo tiempo que el
«g-man»
sacaba la suya, el primer disparo sólo acertó al desdichado Gunther en pleno pecho, estremeciéndolo… La pistola de Nat Cravens apareció por un sobaco del palpitante cadáver, apuntando a la hermosa pelirroja, que se disponía a disparar de nuevo.

—Tranquila, Renata —dijo—, tengo las de ganar.

Lívida, Renata van Vollz estuvo todavía un par de segundos como resistiéndose a aceptar la clarísima situación de ventaja para su visitante. Por fin, bajó la pistola, e inclinó la cabeza.

—Okay —aprobó Nat…—. Deja la pistola sobre la mesa, y retrocede.

Ella obedeció. El
«g-man»
dejó caer el cadáver de Gunther y fue a hacerse dueño de la pistola, que se metió en un bolsillo del pantalón. Luego, con la suya, señaló uno de los sillones, y Renata fue a sentarse. Cravens se sentó a la mesa de despacho, y se quedó mirando el gran portafolios que había junto a los dos más pequeños y abiertos. Puso una mano en el cierre, mientras sus ojos se clavaban en los de Renata van Vollz. Entonces, sonrió, y retiró la mano.

—¿Y qué? —se interesó—. ¿Va bien el negocio de los perros?

—Regular, nada más —sonrió crispadamente Renata.

—Pues yo creía que era un gran asunto… ¿Cuánto cobras por

cuidar durante quince días de uno de esos animalitos?

—¿En dólares?

—Si hablamos en dólares, me entenderé mejor, desde luego. Aunque ya hace tiempo que aprendí a contar en francos.

—Veinticinco dólares diarios.

—Caracoles… ¿Qué les ponéis de comer? ¿Caviar?

—Por supuesto que no.

—Pues la verdad, me parece un poco caro. Creo que buscaré otra perrera… cuando tenga un perro, claro. Y… ¿qué tal va el otro pequeño negocio? El de espionaje, quiero decir.

—Ése va mucho mejor —sonrió de nuevo Renata van Vollz…—. Tan sólo en un par de operaciones he conseguido un millón de dólares. Están en ese portafolios.

—¿Dólares de Hong Kong?

—No, no: americanos.

—Ah, pues sí que el negocio tiene que ser bueno, porque los dólares de mi país se cotizan creo que cinco a uno con respecto a los de Hong Kong. Y hablando de Hong Kong, doctora, o lo que seas: ¿has estado alguna vez allí?

—No.

—Yo sí. Me tocó el viaje en una rifa que hacían en mi barrio, así que, claro, lo aproveché. El viaje era para dos personas, pero no tenía entonces ninguna chica disponible y me fui solo. Pero… ¡santo cielo!, ¿tú eres capaz de imaginarte la de chinas que hay en Hong Kong? A miles, te lo juro. Durante unos cuantos días, lo pasé estupendamente. No sé qué tengo, que les gustaba a las chinitas… ¿Tú me encuentras algo especial?

—Eres un hombre muy masculino.

—¡Toma! ¡No iba a ser un hombre femenino, digo yo…!

—Hay de todo.

—Ya. Bueno, pues yo de eso nada. Así que, dejé en paz a los chinos, y me dediqué a las chinas. En general, son simpáticas. Y muy dulces… Sí, son muy dulces, eso no podría negarlo nadie que hubiese tenido relaciones… comerciales con una chinita. Yo me dediqué a las relaciones públicas… en privado, durante las dos primeras semanas. Todo como una seda. Era estupendo. De pronto, encontré a una chinita que era una preciosidad. Las demás, a su lado, quedaban convertidas en escobas viejas. Conque me dije:

«Nat, ésta es la tuya, muchacho…». ¿Te he dicho ya que me llamo Nat?

—Creí que te llamabas Frederik von Mayerling.

—Ése es un nombre precioso, pero lamentablemente, no es el mío. Suena bien, ¿verdad? Aunque a mí, los nombres que me gustan en eso de sonar bien, son los españoles. Una vez conocía un español que se llamaba nada menos que Juan Miguel de los Ángeles Alarcón y Benjumea de Vallehermoso y Torres Altas, Marqués de… ¿Hablas el español?

—No.

—Es toda una pena…, para ti. Yo lo aprendí en Marbella. ¿Has estado en Marbella?

—No.

—Pues, hija, qué vida más aburrida llevas… Pero si no recuerdo mal, estábamos hablando de mis vacaciones en Hong Kong. Sí, de eso hablábamos… Y de la chinita aquélla, tan preciosa, tan preciosa… De verdad que era como una delicadísima figurita de porcelana. La enamoré. Soy un tío con gancho, para esas cosas. La volví loca por mí. Pero… Ah, querida Renata, la felicidad tiene siempre su contrapartida… ¿Qué dirás que pasó?

—Te dejó por un chino.

—¡No! Fue infinitamente peor… Estaba tan loca por mí que me dijo que quería que nos casásemos. Imaginare… ¡Casarme yo! Y no porque fuese china, sino porque a mí no me pescan ni con redes para minas. Lo que quería la chinita, era, ya te digo, que nos casásemos. Le dije que naranjas de la China, claro, pensando que a ella debían gustarle… Pues no le gustaron. Me dijo muy sumisa que muy bien, y se fue. Yo empecé a pensar que aquel viaje me estaba ya fastidiando, así que me dediqué a hacer el equipaje. Y cuando ya lo tenía todo preparado, hete aquí que se presentan en mi habitación del hotel, cuatro chinos, y me dicen… ¿Entiendes el chino?

—No.

—¿Tampoco? Pero, Renata, ¿qué clase de espía eres tú? Bueno, te lo traduciré al alemán, lo que aquellos cuatro chinos me dijeron en su idioma: «Señol Clavens, somo el padle y los helmanos de Chi Mai, y venimos a suplicale que contlaiga usted una boda de la más selia y folmal con ella, polque la poblé muchacha está llolando

mucho, y dice que lo quiele a usted, y que se lo ha dado todo, y que usted no le quiele dal ahola ni su nomble. Y si usted no le da su nomble a nuestla Chi Mai, nosotlos le dalemos a usted muchas puñaladas, o le pegalemos unos cuantos tilos…». ¿Te das cuenta? Bueno, yo creí que todo era una broma china, y me reí. Cuando me di cuenta, estaba en una especie de mazmorra en alguna parte de Hong Kong, y los cuatlo… digo los cuatro chinos, estaban allí, con cuchillos, mirándome. Claro que yo estaba atado de pies y manos, con grilletes y cadenas, además de por la cintura. Sí, me habían colocado en una mesa de tortura. «Señol Clavens: ¿se casala usted con la tlistísima Chi Mai?», me preguntaron. Les dije que naranjas de la China, y entonces comenzaron a torturarme. ¡Lo que aprendí con ellos, Renata! Aprendí tanto, que algunas veces me ha sido muy útil. Por ejemplo, supongamos que yo te hago algunas preguntas a ti, y tú no quieres contestarme. Supongámoslo, nada más, ¿comprendes? Bueno, pues yo tomo un cuchillo, o una hoja de afeitar, pongamos por caso, y te hago un trabajo tal en tu hermoso cuerpo, que luego tienen que venderte a trozos. ¿Me comprendes?

Renata van Vollz comprendía perfectamente, así que estaba de nuevo lívida.

—Eres una chica lista —asintió Nat…—. Pero deja antes que te explique cómo escapé de allí; una noche, después de ciento cincuenta años de cautiverio, cuando los descendientes de Chi Mai y del padre y los hermanos de Chi Mai me estaban torturando cariñosamente, pues por entonces yo era casi de la familia, rompí las cadenas con las pestañas, monté en mi caballo blanco alado, hice un gran agujero con los dedos en el techo de la mazmorra, y me fui volando hasta el Tíbet. Desde allí…

Tut, tut, tut, tut…

La radio de bolsillo estaba ya en la mano de Nat, que abrió inmediatamente el canal, mientras Renata van Vollz: se daba cuenta entonces de que, hasta aquel momento, el hombre del FBI había estado hablando y hablando como quien quiere no pensar en nada, ni siquiera en el fino sudor de angustia que había ido apareciendo en su frente…

Pero la voz del
«g-man»
sonó indiferente:

—¿Sí?

—Nat, ya está.

—¿Algún contratiempo?

—No. Estoy bien.

—¿Tengo que gritar de alegría, nena?

—Eres un antipático.

—Vete al demonio —el «g-man» guardó la radio, y se pasó un pañuelo por la frente, bajo la atenta mirada de Renata, a la que explicó—. Es una compañera de trabajo.

—Por la cual estabas muy preocupado.

—Tonterías. Quien no quiera complicaciones, que se dedique a vender caramelos… Bien, Renata, ya basta de charla… ¿Dónde está el microfilme que Karl Riesler se trajo de Estados Unidos?

—Lo he vendido, ya te lo he dicho. Y en ese portafolios está el dinero que me han pagado.

La mirada del hombre del FBI se enfrió, se endureció. Ya no tenía ninguna preocupación en su mente, salvo recuperar el original del microfilme.

—Te voy a contar otro cuento —susurró—. Y éste es verdadero. Como dicen los escritores, está basado en una historia real. Verás un puerco traidor, que está trabajando…, que estaba trabajando en los nuevos proyectos de espionaje espacial de mi país, vende a Karl Kiesler, por cien mil dólares, un microfilme con todo lo que ha podido fotografiar de dichos proyectos. Pero, vigilado por el FBÍ, es atrapado, y delata a Karl Riesler. Entonces, el FBI se dedica a vigilar a Riesler, le sigue hasta Viena… Sólo que, mientras tanto, Karl Riesler te ha enviado el microfilme a ti y, como ya tienes lo que quieres y hay gente que molesta, los mandas eliminar, a todo esto, has obtenido varias copias del microfilme, y te dedicas a venderlas a agentes secretos… de verdad. Primero, a los rusos, en El Prater; luego, a un par de chinos, que dicho sea de paso, me caen muy mal precisamente desde la aventura que te he contado… Quinientos mil dólares, cada uno. Eres lista, Renata. Tan lista, que, como ya he dicho, tienes el original y posiblemente ya varias copias más, que pensabas ir vendiendo por ahí… Ahora, fíjate bien: quiero ese microfilme original, y todas las copias que hayas hecho. ¿Okay?

—Están en ese portafolios, junto con el dinero… Puedes

comprobarlo ahora mismo, si quieres. No te miento.

—Aceptada tu palabra. Vamos, pues, a dejar ese punto, y sigamos conversando: ¿trabajas para alguien más importante que tú, o eres tú el personaje importante?

—Soy el personaje importante.

—Felicidades. En cambio, yo, soy solamente una pequeña ruedecita dentro de la colosal máquina del FBI. Pero muchas veces, me he dicho que ni la mejor máquina del mundo funcionaría si le faltase una sola ruedecita… ¿No estás de acuerdo? Veamos ahora otro aspecto de la cuestión: ésos tipos que hay por ahí fuera…, ¿son buenos muchachos que entienden de perros solamente, o son también tipos de armas tomar?

—Las dos cosas.

—Eso significa que en esta perrera, además de perros de cuatro patas, los hay de dos patas. Los trataremos adecuadamente… ¿Están armados siempre, o sólo cuando han de salir a asesinar a alguien?

—Siempre.

—Mal asunto. Pero quizá podamos arreglarlo por las buenas. ¿Aceptas?

—Si pretendes que les diga que se dejen atrapar, supongo, que comprendes que no me obedecerán.

Nat Cravens asintió con la cabeza, pensativo, preocupado.

—¿Qué más cosas tienes en este gran portafolios?

—Nombres; direcciones… Si lo abres, verás que, en una libreta, están los nombres de todos los que trabajan para mí. Algunos de esos nombres, quizá te llamen la atención.

—En una palabra: dentro de este portafolios está… toda la oficina.

—Muy bien definido, sí. Eso es. Con esa libreta, el FBI puede hacer una redada formidable de personas que están trabajando para mí, algunas de ellas, dentro de importantes servicios de espionaje.

—Ya me olía yo que tu grupito era interesante. Bueno, ya sacaremos jugo de todo esto: es trabajo secundario. ¿Hay algún norteamericano?

—Varios.

—Puercos sujetos…

—Puedes comprobar ahora mismo que no te engaño, tan sólo mirando esa libreta. Está en el portafolios.

—Sí, ya sé que… —se calló de pronto, y ladeó la cabeza, mientras una sonrisa escalofriante aparecía en sus labios—. ¿No oyes nada, Renata?

—Yo diría que acababa de llegar un coche.

—Tienes un oído excelente… Pero… adivina quién viene en ese coche.

Capítulo IX

El coche se detuvo delante mismo del chalet donde estaba el consultorio y la vivienda de la doctora veterinaria Renata van Vollz, a la derecha y un poco al fondo de la extensión que ocupaba la perrera, lo más alejado posible de las jaulas. Seguía lloviendo, y, bajo un techado sostenido simplemente por cuatro columnas, algunos hombres se quedaron mirando hacia allí, dejando de conversar…

Dentro del coche, N. H. Flowers, en el asiento de atrás, dijo:

—Ahora vamos adentro, con toda naturalidad. Si ustedes intentan algo, serán los primeros en morir. Creo que está bien claro.

Estaba tan clarísimo que Dower y Kraus no se molestaron en contestar. Simplemente, salieron del coche, efectivamente con gran naturalidad, y se dirigieron a la entrada del chalet, cuya puerta había dejado abierta el ya fallecido Gunther.

Detrás de ellos, con no menos naturalidad, fue Flowers, con la pistola escondida en el hueco de la mano. Entraron en el chalet, y en seguida N.
H. Flowers
alzó la voz.

—¿Nat?

Una puerta se abrió, y apareció Nat Cravens en el hueco; se hizo cargo de la situación de un vistazo, y retrocedió, siempre de lado, pistola en mano. Kraus y Dower habían palidecido aún más al verlo, pero a una seña de Flowers, entraron en el despacho de la doctora Van Vollz, la cual, continuaba sentada en un sillón, muy erguida, rígida. El
«g-man»
cerró la puerta, y le dio una palmadita a la «g-woman» en una

cadera.

—Ve a sentarte. Te lo has ganado. ¿Todo perfecto?

Ella se sentó en un sillón, mirando con cierta curiosidad y no menos animosidad a Renata van Vollz.

—Todo perfecto —aseguró.

—Te presento a la, doctora o algo así Renata van Vollz… Es el personaje importante del pequeño grupo que nos ha ocasionado tantas pequeñas molestias. Doctora: ella es mi compañera de trabajo; ya sabe: la que me ha llamado por la radio hace unos minutos. Pero vamos a explicar las cosas, a fin de que ustedes comprendan muy bien la situación en que todos nos hallamos. Vamos a ver…

—¿Qué hay en esos tres portafolios? —preguntó Flowers, señalándolos.

—Pues en dos de ellos no hay nada, aunque estén cerrados. En el grande, hay un millón de dólares, una libreta con datos que nos permitirán hacer una pequeña limpieza en casa y coaccionar a algunos agentes secretos que están engañando a sus respectivos servicios, otras tonterías por el estilo, y, lo que es muy importante, el microfilme que estábamos buscando, así como algunas copias más que Renata quería seguir vendiendo. Los próximos eran los alemanes. ¿Puedo seguir aclarándole la situación a Renata?

—¿No te parece que la estás tratando con demasiada confianza?

—Atiza… ¡No me digas que tienes celos! Claro que eso no me sorprendería, porque Renata está estupenda. ¿No te había dicho eso todavía, Renata?

La Van Vollz se limitó a pasarse la lengua por los labios.

—Yo la encuentro demasiado alta —dijo Flower—. Creo que es anormal.

—¿Anormal? —protestó Nat—. ¡Nada de eso!

—Es una giganta, ya lo creo —insistió Flowers.

—Mira, deja de decir tonterías. Fíjate bien en ella. Tiene unas proporciones formidables. Observa qué hombros tan perfectos. Y las caderas, y los… Y todo. ¿Quieres que te diga una cosa? Casi empiezo a encontrarte desnutrida, nena.

—Sabes muy bien que no estoy desnutrida, porque me has visto al natural.

—De todos modos, comparada con Renata eres una especie de

escoba vieja.

—Y tú eres, un ser repugnante lleno de verrugas.

—¿Lleno de…? ¡Solamente tengo una verruga!

—Suficiente para convertirte en repugnante.

—Pues no pensabas así antes, cuando me sugeriste que podíamos casarnos —masculló el
«g-man».

—¿Casarme yo contigo? ¡Vamos…! ¡Has estado soñando; tipejo!

—Muy bien, de acuerdo. —Nat la señaló furiosamente con la pistola—. ¡Ya te arrastrarás a mis pies suplicándome un poco de amor! ¡Y cuando hagas semejante cosa, te diré…!

Tut, tut, tut, tut…

Nat sacó su radio, y abrió… el canal.

—¿Sí? —Gruñó.

—Nat, ¿qué pasa? Hace unos minutos que hemos visto entrar a Flowers, y estamos esperando vuestras indicaciones.

—Sí, claro… Un momento, señor. Le llamo dentro de un par de minutos. Prometido —cerró la radio, y volvió a mirar a Renata van Vollz—. Como te estaba diciendo, Renata, vamos a dejar las cosas bien claras. Verás lo que ha sucedido: por medios que serían largos de explicar ahora, hemos localizado tu perrera entre esta chica desnutrida y yo. Entonces, hemos llamado a nuestro jefe, que ha venido a Znojmo con algunos compañeros: creo qué seis. Una vez respaldados por la presencia de ellos, yo te he llamado fingiendo ser Karl Riesler, porque sabía que, de un modo o de otro, querrías volver a eliminarlo, con lo cual, tus asesinos, que me conocían, no me verían entrar aquí. Así, mientras ellos iban hacia Znojmo, yo he venido, y aquí estoy. Mientras tanto, mi compañera desnutrida, ayudada por dos de mis amigos de Viena, han cazado a tus dos asesinos, los han desarmado, y ella me los ha traído aquí. De este modo, la reunión resulta más completa. Esto, por un lado. Por el otro, tenemos que mi jefe y demás compañeros, están rodeando en estos momentos la perrera, esperando mis indicaciones. Ya sabes que no estoy fanfarroneando, porque has visto y oído cómo me han llamado hace unos segundos… La idea era ésta: la desnutrida y yo entrábamos, dominábamos la situación desde dentro y te convencíamos para que a tu vez convencieras a tus hombres de que lo mejor que pueden hacer es darse por vencidos y no resistirse. Lo

de dominar la situación desde dentro, como ves, está conseguido, así que, salvo que recapacites y puedas convencer a tus nombres para que se rindan, los vamos a cazar entre dos fuegos, como a conejos, ya que cuando mis amigos empiecen a disparar, los tuyos vendrán hacia aquí, y la desnutrida y yo los abatiremos sin grandes molestias… ¿Me he explicado?

—Sí.

—¿Y bien?

—Ya te he dicho que no podré conseguir que mis hombres se entreguen.

—Pues son muy desobedientes —refunfuñó Nat…—. La verdad, yo preferiría evitar los tiroteos, porque detesto la violencia…

Mientras hablaba, se había ido acercando a Kraus y Dower, como sin verlos. Pero sí debía estar viéndolos, porque justo cuando decía eso de «detesto la violencia», se detenía delante de Dower, y le hundía el puño izquierdo en el estómago de un modo atroz, fulminándolo como bajo la descarga de un rayo. Sin transición, como quien no quiere la cosa, movía la mano derecha al desgaire, hacia fuera, propinándole a Kraus un tremendo golpe con la pistola en la mandíbula, derribándole piernas para arriba sobre la alfombra. Tendido en la cual, Dower gemía débilmente, encogido, hecho un ovillo.

El
«g-man»
se acercó a él guardándose la pistola, lo asió por las solapas, y lo puso en pie. Incluso N.
H. Flowers
quedó impresionada por la expresión de su rostro.

—¿No nos conocemos de algo, «amigo»? —jadeó en aquellos momentos Nat—. ¿No eres tú, por casualidad, uno de los que dispararon contra el chiquitín?

Soltó la mano derecha de la solapa, y lanzó un directo que hizo papilla la nariz de Dower, impidiéndole caer al suelo por medio de la solapa. Otro golpe, hizo tragarse al desdichado por lo menos dos de los cinco dientes que le arrancó… Y al mismo tiempo, veía a Kraus que comenzaba a ponerse en pie, con la mandíbula rota. Dejó caer a Dower como un guiñapo, se fue hacia Kraus, y le metió la punta de un pie en el estómago, de un modo en absoluto cariñoso.

Kraus lanzó un gemido, dio un salto, y volvió a rodar por el suelo…

N. H. Flowers se abalanzó hacia Nat Cravens, y se interpuso entre él y los dos desdichados.

—Nat —suplicó, muy pálida—. Nat, ya basta, esto no es propio de nosotros…

—Aparta.

—Nat, te lo suplico: no hagas que me avergüence de ti, por favor. Déjalos. Ya…

Cravens alargó una mano, la asió por la ropa…, y justo en aquel momento llegó hasta ellos, con más intensidad que el rumor de la ahora fina lluvia, el sonido inconfundible de un helicóptero.

Inmediatamente, el «g-man» soltó a Flowers, y, aún lívido de furia, miró a la doctora.

—¿Qué es eso, Renata?

—Un helicóptero, pensaba escapar en él.

—Ah… Entiendo. Comprendiste que había algo poco claro en la resurrección de Karl Riesler, y como eres una dama prevenida, llamaste a tu sistema de retirada… estratégica.

—Así es.

—Eres una chica lista —con el rabillo del ojo, Cravens vio a Kraus deslizándose hacia la mesa del despacho, a espaldas de Flowers…—. Pero los demás no somos tontos, ¿verdad?

—No —jadeó ella…—. Al menos, no lo eres tú.

—Gracias por el cumplido. En cuanto a ti, nena —se volvió de nuevo hacia Flowers, y de un manotazo le quitó la pistola—, como no quiero complicar las cosas, trae eso acá, siéntate, y contempla cómo les dejé las caras a esos dos tipos que…

Se quedó inmóvil de pronto, como petrificado, mirando hacia la mesa directamente. Flowers se volvió, y se mordió los labios al ver a Kraus erguido, apoyado con la mano izquierda en la mesa, y sosteniendo en la derecha la pistola de Renata van Vollz. Los dos federales quedaron inmóviles, y también Renata cuya palidez era definitivamente cadavérica. Y mientras ellos permanecían inmóviles bajo la amenaza de la pistola que les apuntaba. Dower consiguió ponerse en pie, si bien parecía un tentetieso, oscilando hacia todos lados, como a punto de caer, de nuevo.

—Deje caer esa pistola —consiguió decir Kraus, moviendo la

suya.
El
«g-man»
no vaciló ni un segundo. Dejó caer el arma impávido, y alzó las manos. Flowers lo miró, entre asustada y mortificada. Kraus tomó el portafolios grande, y comenzó a dirigirse hacia la puerta del despacho, imitado por Dower:… Afuera, se había posado un, helicóptero, y todos lo sabían: estaba esperando a Renata van Vollz, a poca distancia del chalet.

Dower abrió la puerta, y salió. Kraus, siempre vigilando a los dos federales, quedó en el umbral, contemplándolo con un odio escalofriante.

—Antes de largarnos con todo esto, vas a ver, animal…

Apretó el gatillo de la pistola.

Clinc, se oyó.

Kraus bajó velozmente su mirada hacia la pistola, súbitamente alarmado. Luego, con los ojos muy abiertos, volvió a mirar hacia los del FBI, especialmente hacia la muchacha, a la que sujetaba Cravens por un brazo, impidiéndole todo movimiento.

Volvió a apretar el gatillo de nuevo.

Clic, clic, clic…

Aterrado, Kraus contemplaba ahora el inexpresivo rostro del hombre del FBI. Es decir, no tan inexpresivo, porque en sus oscuros ojos había una frialdad, una dureza, que lo estremeció… Lanzó un chillido de pronto, tiró la pistola hacia Cravens, dio media vuelta, y echó a correr en pos de Dower.

Flowers quiso agacharse a recoger su pistola, pero Nat continuó sujetándola fuertemente, por un brazo.

—Déjalos —susurró—: todo el mundo merece una oportunidad.

N. H. Flowers intentó soltarse de un tirón, pero era inútil: aquella mano más bien parecía una tenaza de acero. Justo en aquel momento, volvió a sonar la radio de bolsillo, y Nat la sacó.

—Tranquilo, señor —dijo—: no está pasando nada que escape a nuestro control.

—Pero ha llegado un helicóptero, y los dos hombres que…

—Todo va bien, señor.

—¡Qué demonios va a ir bien! ¡Se están largando! Nat, ¿qué ocurre? ¿Te han atrapado, o…?

—Le digo que todo va bien, señor; deje que se marchen con el portafolios grande.

—¡Pero…!

—Es todo, señor; le diré cuándo tienen que atacar, si es que no consigo arreglarlo: hasta ahora.

Cerró la radio, y se quedó inmóvil, con la cabeza alzada como pendiente del vuelo del helicóptero, que, evidentemente, se alejaba ya. Afuera se oían también gritos de hombres, voces de alarma…

De pronto, en la ventana del despacho apareció una vivida luz, como la descarga de un descomunal relámpago, y acto seguido se oyó una explosión… Flowers lanzó un grito, y quiso soltarse una vez más, de nuevo sin conseguirlo…, mientras Renata van Vollz, también con un grito de terror en los labios, dejaba de mirar a Cravens, con ojos desorbitados y corría hacia la ventana… No sólo era hermosa, y alta, y fuerte, sino, como quedó demostrado, una consumada gimnasta: se lanzó de cabeza contra los cristales de la ventana, encogiéndose, la reventó completamente, y desapareció en la oscuridad del exterior.

—No te muevas de aquí —dijo fríamente Cravens.

Se inclinó, recogió la pistola de la muchacha, y se la puso en la mano. Apagó la luz del despacho, y pasó como una bala junto a Flowers, que lo vio desaparecer por el hueco ya libre de la ventana con mucha más técnica olímpica que la empleada por Renata van Vollz.

Afuera, Nat Cravens rodó junto al inmóvil cuerpo de la doctora, que permanecía de bruces, un poco encogida, y se puso en pie de un salto, echando a correr hacia el cobertizo de las instalaciones eléctricas.

Entre la lluvia, un hombre apareció por delante de él, muy cerca, pistola en mano.

—¡Hey! —gritó—. ¡Aquí!

¡*Pack*!, restalló la pistola de Nat Cravens. Y el hombre terminó su advertencia gritando agudamente, y saltando hacia atrás con una bala en el vientre, que fue suficiente. Sin inmutarse, Nat siguió corriendo, llegó al cobertizo, entró tras abrir la pequeña puerta de una formidable patada, y miró a todos lados, aprovechando la luz de la pequeña bombilla pegada al techo. Inmediatamente, fue al tablero de mandos, lo examinó unos segundos, y comenzó a subir

palancas… En el exterior, comenzaron a aparecer luces por todas partes, iluminando los paseos entre las numerosas jaulas, aumentando de tal modo la iluminación que la lluvia parecía de oro… Y bajo la lluvia, cinco hombres, pistola en mano, deslumhrados, desorientados, algunos tapándose los ojos con la mano libre… Los perros ladraban todos a la vez, ocasionando un jadeo espantoso, como un largo rugido que brotase del mismísimo centro de la Tierra.

Aun así, Nat Cravens consiguió hacerse oír perfectamente a través de la radio de bolsillo.

—Ahora, señor —dijo—: inmediatamente. Con los coches.

No recibió respuesta, pero, apenas había tenido tiempo de guardar la radio y asomarse por un lado de la puerta, para disparar al aire en dirección a los deslumbrados espías cuidadores de perros, cuando las luces de dos coches aparecieron en la entrada de la perrera, se separaron, describieron un arco, y ambos quedaron apuntando hacia los cinco sujetos, deslumbrándolos todavía más. Uno de ellos disparó contra las luces de uno de los coches, pero sin acertar… En cambio, tres disparos que sonaron desde el coche sí fueron certeros, y el hombre cayó hacia atrás violentamente… Otro dio media vuelta, y echó a correr precisamente hacia el cobertizo y Nat disparó, como sin apuntar: el hombre dio un gran salto hacia delante, en sorprendente acrobacia, cayó de cabeza, y quedó inmóvil.

Los demás, dejaron caer las pistolas y alzaron los brazos…

ESTE ES EL FINAL

—¿Y qué más di, y qué más? —Se impacientó Jeff Maxwell—. ¿Qué más pasó luego?

Nat Cravens terminó de encender el cigarrillo, mientras miraba a su compañero y gran amigo, tendido en la cama, vendado el pechó y un brazo, pero con buen aspecto en lo que cabía.

—Pues luego, fui a recoger a Flowers; y la encontré fuera del chalet. Estaba con Renata.

—Entiendo que Renata no pudo escapar.

—No. Se degolló con los cristales de la ventana, al saltar.

—Dios…, Nat, lo que no entiendo, es la explosión, y eso de que dejases escapar en el helicóptero a los dos tipos que me dispararon…

—Te lo explicaré. Renata y yo los oímos llegar, y como me había olido que Renata tenía alguna jugarreta con su portafolios grande, le dije que lo abriese ella misma. Y lo hizo, naturalmente, de modo que no explotó la carga del portafolios…

—¿Una carga de esas que explotan cuando el portafolios lo abre alguien que no es el propietario, que conoce el sistema…?

—Exactamente. La agarré por la garganta, y la obligué a decirme todo eso. Entonces, cambié todo el contenido del portafolios grande otra vez a los dos pequeños, le quité el cargador a la pistola de ella, y la dejé bien a la vista.

—Pero ¿por qué?

—Porque quería que aquellos dos sujetos escapasen con el portafolios que ellos creían contenía un millón de dólares y los microfilmes de los cuales podían sacar aún más dinero… Tarde o

temprano, tendrían que abrir el maletín de Renata, y entonces…, ¡pum! Lo que no esperaba yo, era lo del helicóptero. Los muchachos dicen que se incendió como si fuese algodón empapado en gasolina, y se hizo chispas contra el suelo.

—Es decir —susurró Maxwell—, que hiciste papilla a los dos tipos que me hirieron.

—No me gustó que quisieran dejarme sin cocinero —gruñó Nat.

—¿Sólo por eso?

—Y porque te amo —el «g-man» se inclinó a besar la frente de su compañero…—. Y como te amo, voy a dejarte solo, para que no te fatigues. Creo que ya te he explicado todo, así que…

La puerta se abrió, y aparecieron Arthur Keller y Nathalie Hortense Flowers. La segunda se dirigió directa hacia la cama, como si no hubiese visto a Cravens.

—He venido a despedirme, Jeff. ¿Estás bien?

—Oh, sí, muy bien… ¿De verdad te vas?

—Naturalmente. Una agente del FBI siempre tiene órdenes que recibir, trabajo que hacer… Me están esperando en Washington.

—Bueno… Celebro que hayas salido con bien de todo esto… Menudo embrollo, ¿eh?

—Bah… Una simple tempestad en un vaso de agua.

—¿Eso piensas? ¿De veras? —Se maravilló Maxwell.

—Eso pienso de veras, Adiós, Jeff —se inclinó, lo, besó en ambas mejillas, y entonces miró a Cravens—. ¿Me llevas al aeropuerto, Nat?

—¿Es a mí?

—A ti. ¿Acaso hay otro Nat por aquí? —murmuró ella, dulcemente.

—Que te lleve tu tía.

—Bien… Si no quieres acompañarme, adiós.

Le tendió la mano, y Nat, muy correcto, se puso en pie, aceptándola… Inmediatamente, comprendió su error, pero ya era demasiado tarde: se encontró volando, con el brazo retorcido en una de aquellas abominables presas de aikido que no había más remedio que seguir a menos que uno quisiera quedarse manco, y se pegó el gran batacazo contra el duro suelo sin alfombrar del cuarto

de la clínica. Tras rebotar tan duramente, se sentó, y se quedó mirando fijamente a la muchacha, que lo contemplaba impávida.

—Adelante, Nat —jaleó Maxwell—. ¡Duro con ella!

El «g-man» se puso en pie, se acercó cautelosamente a la «g-woman», con las manos en posición de defensa y agarre, y, de pronto, la abrazó por la cintura, y la apretó rudamente contra él.

—Te la estás buscando, nena —susurró—. ¡Te la estás buscando! Y te aseguro que si te tomo en serio, lo nuestro no va a ser precisamente una tempestad en un vaso de agua, sino algo sonado. Así que… ¡cuidadito conmigo! No me agites mucho, recuerda que soy pura nitroglicerina…

—Y tú no me aprietes tanto: recuerda que soy pura trilita… ¿Me llevas al aeropuerto o no?

—Ya te he dicho que te lleve tu tía.

—Nat, por favor. —Flowers le rodeó el cuello con los brazos—, llévame al aeropuerto —lo besó en la barbilla—. Te lo suplico, amor mío —lo besó en la boca—. Quiero que seas tú quien me digas adiós —lo besó en el lado del cuello—. Pero será un adiós corto, porque pronto volveremos a vernos —lo besó de nuevo en la boca—. No podrás impedir que te persiga hasta que me hagas tu esposa —otro beso en la boca—. Pediré permisos para ti en Washington, lloraré suplicando que me asignen como compañera tuya en todos los trabajos, te amaré siempre, siempre, siempre…

—Pero ¿seguirás siendo agente especial del FBI? —cortó él.

—Desde luego que sí.

—¡Ah, bueno…! Eso me gusta más: lo demás, son puras zarandajas, ¿sabes?

—Oh, sí. —Flowers lo besó en la barbilla, en el cuello, en la boca, debajo de una oreja—. Lo importante es el FBI, naturalmente… Lo que tú digas, Nat.

—Vaya… Bien… Supongo que no puedo negarme a acompañar a un compañero al aeropuerto, ¿verdad?

—Verdad, amor mío. Lo que tú digas, querido.

—Pero serás tú quien cargue con tu maleta.

—¡Naturalmente que así se hará!

—Esto… Vaya, de acuerdo. Bueno, señor, ya vuelvo. Hasta

luego, Jeff.

Salieron los dos, abrazados por la cintura, y Jefferson Maxwell masculló:

—Ésta lo caza… ¡Vaya si lo caza! Por algo es agente del FBI. ¡Maldita sea mi estampa, ya lo creo que lo caza! Que si amor mío por aquí, que si lo que tú digas por allá, que todo lo que tú digas, querido… ¡Pues no es astuta la niña! Lo caza… ¡Vaya si lo caza!

—Y yo no lo comprendo —farfulló Keller—. ¿Qué demonios ha podido ver en Nat? Es rudo, antipático, todos sabemos que es feo…

—Envidia —aseguró Maxwell—. Cochina envidia, señor. Pero ándese con cuidado: esa pareja no va a ser fácil de manejar… Nitro y trilita… En cuanto se mezclen, no será una tempestad en un vaso de agua, no… ¡Será la hecatombe!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.
Impreso en España